

HOMENAJE AL LIBERTADOR



BOGOTA

1930

ES PROPIEDAD
Prohibida la reproducción.
Quedan cumplidas las formalidades legales.

201

HOMENAJE

SEIS ASUNTOS DE LA VIDA DEL LIBERTADOR

PARA EL CENTENARIO DE SU MUERTE

JOSÉ M. ZAMORA

Literato y Pedagogo de grado superior



LIBRERIA Y PAPELERIA DE "EL MENSAJERO"

BOGOTÁ—1920

DOS PALABRAS

Deseamos contribuir, aunque modestamente, a la conmemoración del 17 de diciembre venidero, fecha que nos señala una luctuosa página en nuestra historia nacional, y en la cual las escuelas y colegios han de llevar un número excepcional, como que del templo de la ciencia es de donde han de irradiar los mejores destellos de patriotismo.

Seis cuestiones propias de la vida del Libertador, tratamos aquí: una alegoría para entonar el Himno Nacional; dos lecciones de historia sobre sus sufrimientos y muerte; una corta disertación visitando la Quinta de San Pedro Alejandrino; «Horas de nostalgia», diálogo sobre los últimos momentos del héroe, y un diálogo en Santa Rosa de Viterbo, sobre los sueños de Casilda, y el memorable caballo Palomo Blanco, en el cual salió vencedor el Libertador en distintas ocasiones.

Ojalá que los educadores encuentren en estas páginas un auxilio para la conmemoración de las fechas patrias.

EL AUTOR





HIMNO NACIONAL

ALEGORIA

Al levantar el telón aparece Bolívar enfermo, sentado en una silla, envuelto en su capa. Los que le acompañan entonan el coro de nuestro Himno. Mientras tanto va apareciendo Colombia por detrás de la silla del Libertador, caracterizada convenientemente y coronada de laurel. Al terminar el coro, Colombia, con los brazos extendidos sobre la cabeza del Héroe, en señal de bendición, cantará, con la misma música del Himno, la siguiente

ESTROFA

*Bolívar, si los hombres
Tus méritos olvidan,
Si de tu patria un día
Saliste en proscrición,
Yo te hago la apoteosis,
Tus glorias hoy convidan,
Y en esta hora de prueba
Te doy la bendición.*

Un momento de silencio. Colombia se quita la corona y la coloca en las sienes del Libertador.

TELON

SUFRIMIENTOS DE BOLIVAR

(LECCIÓN DE HISTORIA)

Con las batallas de Vargas y de Boyacá quedó sellada la independencia de Colombia, realizado el sueño de los Padres de la Patria y cumplido el juramento de Bolívar en el Monte Sacro, pero su aspiración, sin límites ni ocaso, no satisfecha aún, quería agregar a la corona conquistada otros laureles más, y dejar libres mayor número de hermanos.

Anhelaba Bolívar que Colombia, Venezuela, Ecuador, Bolivia y Perú fueran hermanas, constituyéndose en padre de todas estas naciones, por lo cual no envainó su espada después del triunfo de Boyacá; continuó esgrimiéndola en los campos de batalla.

En todas partes era recibido con júbilo, los pueblos lo aclamaban su padre y libertador, las flores llovían sobre su frente; su paso por las poblaciones era un bello amanecer y dondequiera su nombre era ensalzado hasta la apoteosis

En Pucará, aldea del Perú, por ejemplo, el doctor Choquehuanca le dirigió la más elocuente frase que puede decirse a un mortal, frase que ha resonado de uno a otro confín, por su lenguaje sublime.

La inmortal arenga del humilde cura de Pucará está concebida en estos términos :

«Quiso Dios formar de salvajes un imperio y creó a Manco-Capac. Pecó su raza y lanzó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación tuvo piedad de la América y os

ha creado a vos. Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho, y para que nadie pueda imitaros es preciso que no haya un mundo que libertar.

«Habéis fundado tres Repúblicas que, en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra estatua a donde ninguna ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina».

Tánta grandeza humana tenía que servir de torcedor a algunos, de acicate a otros, de reto a éste, de despecho a aquél, y no tardó en desatarse la tempestad, preñada de centellas, para eclipsar las glorias del héroe mitológico. Es que para cada redentor se necesita un calvario

A principios de 1828 unos pocos enemigos del General Bolívar, olvidando sus valiosos servicios, acordaron una conjuración compuesta de su Jefe el comandante Pedro Carujo, el francés Horment, el secretario de Santander, Vargas Tejada, Arganil, Zuláivar, el mulato López y algunos otros; los acompañaban 25 soldados

El 25 de septiembre estalló la conspiración, para lo cual los conjurados habían tomado el santo y seña; llegaron al Palacio de San Carlos y dieron muerte a algunos de los centinelas.

Bolívar pudo escaparse por una ventana, llevando su sable y una pistola; al caer a la calle, lo acompañó su repostero, sin que se hubiera causado daño; vestido con su levita militar y chinelas siguió a esconderse.

El Libertador anduvo con precipitación hasta llegar al puente del Carmen, donde se refugió; allí permaneció hasta el amanecer, oyendo gritos y tiros, pero ignorando lo que sucediera. Gran número de los conjurados entraban a la casa del señor Vargas Tejada, para salir luégo.

Días después del atentado, varios de los conspiradores marcharon al patíbulo a pagar con la vida su delito; alcanzaron a unos catorce los ajusticiados, entre ellos Horment, Azuero, Carujo, Padilla. A Carujo se le conmutó la pena, lo mismo que al General Santander; Vargas Tejada salió en fuga pero se ahogó en Casanare.

En abril de 1830, el Congreso de Colombia reconocía los importantes servicios de Bolívar, le decretaba honores y disponía que se le siguiera reconociendo su pensión, en tanto que Venezuela le decretaba su destierro.

El 8 de mayo de 1830 salió el Libertador en busca de hospitalidad fuera de las Repúblicas, sus hijas, que había fundado; llevaba su alma abatida por los desengaños y comenzaba a cosechar el fruto de sus desvelos y de sus fatigas. . . .

Durante este viaje contrajo el Libertador un catarro maligno, en Sabanilla; allí se detuvo unos días y luego se dirigió a Santa Marta en el bergantín nacional llamado *Manuel*. El 1.º de diciembre, a las ocho de la noche, llegó a Santa Marta y fue conducido a tierra en una silla de brazos.

El recibimiento que se le hizo no fue pomposo pero sí expresivo, y el acompañamiento lo siguió hasta la casa que se le había preparado.

Como la salud del Libertador seguía quebrantada, fue menester llamar médico, y este oficio lo desempeñó con solicitud e inteligencia el doctor Alejandro Próspero Réverénd, de nacionalidad francesa, quien anotaba diariamente los caracteres de la enfermedad.

Informado el General Montilla de la gravedad en que se encontraba el Libertador, se dió una fuerte palmada en la frente, sin poder ahogar las lágrimas que asomaban a sus pupilas.

Sabedor el General Sardá de que Bolívar abrigaba la esperanza de reponerse para acercarse a la Sierra Nevada, en busca de aires más puros, se hizo cargo de fabricarle una choza en Masinga, a dos leguas de Santa Marta, para llevar a su amigo.

Durante la enfermedad del Libertador, tuvo un día en que se sintió repuesto y con su médico ocurrió el siguiente diálogo:

—Qué vino a buscar usted en estas tierras, doctor?

—La libertad, dijo el médico.

—Y usted la encontró?

—Sí, mi General, interpuso el doctor Réverénd.

Sorprendido Bolívar, le replicó:

—Es usted más afortunado que yo, pues todavía no la he encontrado.

Como la enfermedad del Libertador tomara proporciones desconsoladoras, el General Montilla pensó que sería prudente hacerle arreglar sus asuntos espirituales; con tal fin le exigió al doctor Réverénd que le hiciera saber el peligro.

El venerable médico, sorprendido con esta exigencia, le contestó: «Sírvase, señor General, dispensarme; si yo hiciera eso, ni un momento me quedaría aquí; eso no es asunto del médico, más bien es del sacerdote».

Terminaron los interlocutores por convenir en llamar al eclesiástico doctor Estévez, quien no se dejó aguardar mucho; entró en el aposento de Bolívar y conversaron a solas algún rato.

Luégo que salió el doctor Estévez llamó Bolívar a su médico y le dijo: «¿Qué es esto, estaré tan malo para que se me hable de testamento y de confesión?» El doctor Réverénd lo desimpresionó.

Por la noche se le presentó al enfermo el cura de Mamatoca, a pie, acompañado de sus acólitos y unos pocos

indígenas, con el fin de administrarle los sacramentos; pasada la ceremonia se despidió el eclesiástico.

Quedaron acompañando al enfermo el doctor Révérend, el Notario don Catalino Noguera, los Generales Montilla, Carreño y Silva, los señores Joaquín Mier, Manuel Ujueta y varias otras personas de respetabilidad.

De orden del Libertador, el Notario, señor Noguera, comenzó a leer en voz alta la última proclama de Bolívar a los colombianos, en presencia de todos los concurrentes; el lector se emocionó tan fuertemente en la parte final, que suspendió la lectura.

El doctor Manuel Recuero terminó la lectura, pero cuando llegó a la parte que dice: «Yo bajaré tranquilo al sepulcro», el Libertador, con voz ronca, dijo desde su hamaca: «Sí, al sepulcro es lo que me han proporcionado mis conciudadanos pero los perdono»

La sentida pero paternal proclama de Bolívar, dada el 10 de diciembre de 1830, es digna de recuerdo y dice: «Colombianos: Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado: mi reputación y mi amor a la libertad»

«He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono Al desaparecer de en medio de vosotros mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. . . . Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual Gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales»

La memorable proclama concluye así: «Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria; si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro»

«*Simón Bolívar*»

Esta pieza fue firmada en la Quinta de San Pedro Alejandrino, propiedad, entonces, del señor Joaquín Mier y Benítez, español, dilecto y desinteresado amigo del Libertador, quien desde el 6 de diciembre le había dado generosa hospitalidad en su quinta al Padre de las cinco Repúblicas

La lectura de aquella última proclama que tantas y tan sabias enseñanzas nos da, produjo un marcado abatimiento en los concurrentes; la consternación fue hondísima.

Los habitantes de Santa Marta estaban agobiados de tristeza, pues se preparaba un golpe demasiado rudo. Se aproximaba la hora suprema en que iba a expirar el fundador de cinco Repúblicas; el cielo de Colombia se encapotaba y la Patria perdía a su leal y noble amigo, a su padre, a su mejor caudillo

No era tiempo de que aquel adalid desapareciera de en medio de sus hijos; pero la amarga cicuta de la ingratitud aceleró su existencia. El Congreso de Venezuela y sus émulos en Colombia lo precipitaron en la flor de la vida Es que los astros de primera magnitud eclipsan de continuo los débiles fulgores de los que no tienen luz propia! . . .

CONCLUSION

La ingratitud es peculiar de los hombres, pero éste no ha de ser óbice que nos impida dar la vida por la tierra que nos vio nacer.

Visita a San Pedro Alejandrino

Quiero hablaros, señores, del 17 de diciembre de 1830; para esto servíais acompañarme con el espíritu cerca de las playas del Mar Caribe; situaos conmigo no distantes de la majestuosa Sierra Nevada, de donde se deslizan en forma de agua purísima, los copos de nieve de esa mole imponente que parece una vela de navío desplegada; ved allí el riachuelo Manzanares, testigo mudo de los tiempos; escuchad con oído atento el arrullo de las olas del mar, a veces pausadas y tranquilas, y en ocasiones rugientes y amenazadoras. Os invito a que demos juntos un paseo por aquellos parajes de recordaciones tristes, donde se destaca una vivienda con su vegetación de palmeras y de yedras, y allí veremos la estatua de Bolívar que nos rememora un hecho histórico doloroso por demás, consecuencia inmediata del 25 de septiembre de 1828, eco doliente de la ingratitud, y suspiro profundo arrancado al hombre extraordinario de la América Meridional.

Estamos en la Quinta de San Pedro Alejandrino, mansión sagrada que invita a meditar, rincón que para nosotros es el epílogo de toda una vida de luz, de luchas y triunfos, de merecimientos, de prueba y desengaños. Y allí se prepara a la muerte un varón ilustre, padre de cinco hijas, por quienes vivió y a las cuales amó con entrañable afecto, aun exponiendo su preciosa existencia en los campos de batalla. Esas dilectas hijas se llaman Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia; hijas que rodeando el lecho funerario, sobrecogidas de congoja, se preparan a oír los consejos últimos de su padre, y están en los momentos álgidos, como que ven venir sobre sus frentes jóvenes el negro crespón de la orfandad, el luctuoso aderezo.

Un aposento hay allí, donde después de tantos años nos parece oír que el eco repite: «Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro». Estas palabras, floración de la paz, exponente del amor de un padre, son todo un testamento de trascendentales frutos, de imperecederas enseñanzas.

Cerca del lecho del moribundo están el médico francés Révérend, el notario Noguera, el sacerdote Estévez, los generales Sardá, Montilla, Silva y Carreño, el doctor Recuero y los señores Ujueta y Mier, dispuestos a recoger los últimos suspiros de quien pulverizó las cadenas de millares de hombres, y en el cronómetro de Colombia suena la una de la tarde, hora de suprema angustia, hora que les dice a los ingratos: Hé aquí vuestra obra. Y la fortaleza del Morro anuncia con el cañón el infausto suceso, comoquiera que este acontecimiento habría de conmover a todo un continente, y habría de llevar el luto sobre las victoriosas banderas que tremolaron en los campos de batalla de las cinco hijas que ciñen su frente con funerario crespón.

Pero a qué seguir esta necrología que ha de herir nuestros corazones? Corramos un velo y acompañadme a colocar este manojo de violetas al pie del retrato de Bolívar el noble, de Bolívar el guerrero, de Bolívar el poeta, de Bolívar el padre generoso, de Bolívar el desterrado y proscrito.



HORAS DE NOSTALGIA

(ESCENAS ÚLTIMAS DE LA VIDA DE BOLÍVAR. AÑO DE 1830)

Casa de campo en Santa Marta—Sala modesta y puertas al fondo y laterales—Mueblaje sencillo pero muy bien dispuesto y ordenado—Todo a media luz.

Personajes: Joaquín—Bolívar—Generales Montilla, Sardá, Luque y Silva—Señores Manuel Ujueta y Manuel Recuero—Otros individuos que no hablan—El médico Révérend—Un sacerdote y dos acólitos—Vestidos de la época.

ACTO UNICO

ESCENA I

Joaquín—Doctor Révérend—Bolívar—General Montilla—Dos muchachos.

Joaquín—(Dando órdenes). Animo, muchachos; la casa debe quedar perfectamente dispuesta para alojar a mi amigo, el grande hombre de la América.

*Muchacho—*Cuándo ha de llegar, patrón?

Joaquín—(Sacando una carta). Hoy mismo; la carta es concluyente, pues dice: el primero de diciembre llegaremos a ese lugar, y hoy es el día preciso, conque

*Muchacho—*Pues consideramos que está todo dispuesto convenientemente; hemos zahumado la casa, y el dormitorio (*mostrando la puerta derecha*) espera al señor.

Joaquín—(A los muchachos). Ustedes estarán a toda hora dispuestos a prestarle sus servicios y a obedecer las órdenes que se les comuniquen; se trata nada menos que del Padre de la Patria.

Muchacho—¿Del general Bolívar, quiere decirnos?

Joaquín—Precisamente, de ese hombre que, después de luchar en el campo de batalla, viene con ánimo de seguir para el exterior en busca de descanso y como en esperanza de hallar algún consuelo a sus tribulaciones.

Muchacho—¿Tribulaciones por qué? ¿Luego no viene victorioso, admirado y con las bendiciones de todos los colombianos?

Joaquín—Así debiera suceder, pero como la humanidad está tan corrompida, hace lo que le es peculiar: perseguir a sus bienhechores y, por eso, viene amargado de engaños y quiere dejarnos.

Muchacho—Qué infames!

Joaquín—¿Queda algo por hacer todavía? (*Se siente que llegan por el fondo varios individuos*).

ESCENA II

Bolívar—Sardá—Montilla—Doctor Révérend y muchachos que conducen la silla de brazos donde llega enfermo el Libertador.

Joaquín—Entren ustedes con cuidado. (*A los muchachos del guando*).

Montilla—(*Que viene delante, saluda a Joaquín*). Va mal el asunto; el General está bastante delicado; trae una tos que me parece de mal carácter.

Joaquín—Faltaba! . . . (*A los que quedaron fuera*). Sigán ustedes con el guando; el sereno puede perjudicar al General, pues son las ocho de la noche (*mirando el reloj*).

(*Los cuatro conductores del guando entran con algún inconveniente y, al colocarlo en el suelo, respiran fatigados. El Libertador tose con insistencia*).

Sardá—(*Al médico*). Siga, doctor Révérend, y dé sus órdenes.

Révérend—Necesitamos dejar al enfermo que descanse un rato; el viaje lo ha maltratado y, además, necesita cambiar de posición.

Joaquín—(*Abriendo el guando*). General, ya esperábamos a su Excelencia: está en su casa y puede mandar.

Boltvar—(*Tosiendo*). Gracias, mil gracias. Deseo cambiar de posición.

Montilla—Le parece, doctor Révérend, que pasemos al enfermo a esta silla mecedora donde puede estirarse?

Révérend—Perfectamente.

(*Tanto el médico como los demás se apresuran a sacarlo del guando y lo colocan en la silla. Los muchachos salen con el guando vacío*).

Boltvar—Esto es otra cosa; ya la posición misma me alivia (*tose*). Desde el puerto he venido en una posición forzada y mi cuerpo, fuerte y de acero antes, hoy no sirve para (*tose*) maldita la cosa. Ustedes me abruman con sus cuidados; mil gracias.

Sardá—Díganos, doctor Révérend, el enfermo cómo le parece?

Révérend—Está un poco delicado; quizá la bajada del río, estando con catarro pulmonar, ha sido una temeridad

Montilla—(*Dándose una fuerte palmada en la frente*). Cara coles, esto no puede ser; yo sé que de Bogotá salió bueno.

Boltvar—Solamente desde Sabanilla he sentido que vengo agravándome y nadie mejor que el doctor Révérend podrá considerar mi situación.

Révérend—Si lográramos conseguir un clima menos fuerte, donde disfrutara de aires más puros, creo que cambiaría la situación del General.

Sardá—Si es necesario dar ese paso, no tendré inconveniente en hacerme cargo de construir una vivienda de madera en Masinga, dos leguas distante de aquí.

Montilla—Dejemos para resolver esto luégo que, como el doctor Révérend sigue el curso de la novedad, ya dará sus órdenes.

Révérénd—Dejemos por ahora las cosas así (*le toma el pulso al enfermo; lo ausculta en la espalda; le pone el termómetro; luego ordena*). Tráiganle una taza de té, lo más caliente; eso le aliviará.

Joaquín—Ya daré la orden. (*Sale, da la orden y vuelve pronto*).

ESCENA III

Bolívar—*Montilla*—*Révérénd*—*Sardá*—*Joaquín*—*Muchachos*.

Sardá—Mi ofrecimiento queda en pie para cuando fuere menester.

Bolívar—(*Tose*). Gracias, General *Sardá*; si fuere necesario, ya aceptaré su fino ofrecimiento; sí, deseara acercarme a la Sierra Nevada, pero

Joaquín—Mi casa también siente verdadero placer en servir a su Excelencia.

Bolívar—Lo sé de sobra (*tose*).

Révérénd—(*Aparte a los demás*). Procuremos no hacerlo conversar mucho, porque puede serle perjudicial. (*Bolívar trata de dormirse*).

Montilla—(*Aparte al médico*). ¿Usted considera que la situación se complique, doctor?

Révérénd—(*Aparte*). Los caracteres de la novedad no me satisfacen mucho.

Muchacho—(*Entra con una taza de té, se la recibe Joaquín, y éste le pregunta al doctor Révérénd*). ¿Será prudente . . . ?

Révérénd—(*Acercándose a Bolívar*). General, creo que esta bebida le probará bien, y le aconsejo que la tome. (*Joaquín se la acerca y Bolívar la toma, descansando, y respirando con fatiga*).

Sardá—(*Aparte*). Esto va mal, por lo que comprendo.

Montilla—(*Aparte*). Phis (*mandando hacer silencio, se coloca el índice sobre los labios*).

Muchacho—(*A Joaquín*). Mi amo Joaquín, ¿se ocurre otra cosa?

Joaquín—Por ahora no (*le hace seña para que salga*).

Muchacho—(*Hace una ligera inclinación y sale*).

Boltvar—Me ha sentado bien esta bebida, puedo respirar mejor y mi situación parece cambiar (*hace manifestaciones de mejoría y trata de enderezarse mejor en la silla*).

Révérénd—(*Auscultándolo y tomándole el pulso*). Ha reaccionado un poquito su Excelencia; lo importante es que no retrocedamos.

(*Los demás acompañantes ponen semblante de satisfacción*).

Sardá—¿Así lo ve usted, doctor Révérénd?

Révérénd—Así me lo parece. (*Se acerca a Boltvar*).

Boltvar—¿Qué vino a buscar usted en estas tierras? doctor.

Révérénd—La libertad.

Boltvar—¿Y usted la ha encontrado?

Révérénd—Sí, general.

Boltvar—Es usted más afortunado que yo, pues todavía no la he encontrado.

Montilla—(*Aparte*). Tiene razón (*A Boltvar*). ¿Cómo se siente su Excelencia?

Boltvar—Algo aliviado, aunque no mucho, general Montilla (*tose*).

Joaquín—(*Aparte*). Esa tosesita no me cuadra bien.

Sardá—(*Aparte*). No seamos indiscretos, porque se nos puede poner mal la situación.

Révérénd—(*A los demás*). Juzgo oportuno que pasemos al enfermo a su alcoba, donde pueda recostarse y variar de posición.

Boltvar—Yo lo deseo.

Joaquín—(*Con los demás*). Vamos, su Excelencia; ¿quiere que lo llevemos en la silla?

Boltvar—Creo que puedo ir en mis pies; haré un es-

fuerzo (*los amigos le prestan su ayuda y él se pone en pie para seguir al dormitorio*).

Sardá—(*Que se ha quedado en el escenario*). Es un escombros el Libertador; a mí me parece que el desenlace va a ser fatal

ESCENA IV

Montilla—Révérénd—Sardá—Joaquín

(*Vuelven del dormitorio Révérénd y Montilla*),

Montilla—Doctor Révérénd, este asunto me parece muy delicado: la respiración del Libertador no es nada consoladora, y creo prudente que usted le aconseje al enfermo que arregle sus asuntos espirituales.

Révérénd—Dispéñseme, señor General, que no haga eso, pues antes que hacerlo me retiraría de aquí; ese asunto corresponde al sacerdote.

Sardá—Mandemos por el doctor Estévez que vive cerca, si les parece.

Montilla—Lo creo prudente, pero entro al dormitorio a turnar a don Joaquín y, cuando él salga, pueden decirle lo convenido (*sale*).

Révérénd—Duro me ha parecido este paso pero la situación se complica.

(*Bolívar tose déntro con tenacidad y se queja*).

Sardá—Mal síntoma, esta tos tan tenaz, doctor.

Révérénd—(*Con precipitación*). Con permiso de usted (*entra al dormitorio*).

Joaquín—(*Saliendo dice a Sardá*). No creo que el Libertador pueda levantarse de esta calamitosa enfermedad. Nos esperan días terribles, si Dios no mira con alguna misericordia a esta tierra colombiana que, hoy más que nunca, necesita de la vida de su Libertador.

Sardá—Opinamos que se mande llamar al doctor Estévez para que se le éntre al Libertador y le arregle los asuntos de conciencia, y creo que no debe perderse tiempo.

Joaquín—(Llamando). A ver, muchachos (*Se presenta uno*).

Volando donde el doctor Estévez, que lo necesitamos porque sigue grave el Libertador. (*El muchacho que se había asomado, sale precipitadamente a cumplir la orden*).

Révérénd—(*Vuelve a la escena*). Las horas son preciosas, y veo que el cielo de Colombia se encapota El Libertador quizá no levantará de esta novedad

Sardá—Si no es indiscreta mi pregunta, doctor, puede usted decirme ¿de qué enfermedad se trata?

Révérénd—Es una afección pulmonar delicada, que puede degenerar en una neumonía, que sería lo menos grave; los caracteres son tan desesperantes que, si Dios no lo remedia, puede convertirse en una tuberculosis galopante.

Joaquín—(*Sorprendidos con Sardá*). Cáspita; qué desgracia fuera, ¿y no habría medios de contener semejante desenlace?

Révérénd—De mi parte estoy agotando los recursos médicos, pero la fiebre ha subido tanto, que desespero ya.

ESCENA V

Bolívar—Joaquín—Montilla—Estévez—Sardá—Révérénd—Carreño—Ujeda—Recuero.

(*Entra el sacerdote Estévez con precipitación y saluda*).

Sardá—La presencia suya se hace necesaria, doctor Estévez (*le señala la puerta del dormitorio de Bolívar*).

Estévez—Con su permiso. (*Entra en el dormitorio*).

Joaquín—Este cuadro es aterrador. Yo que no temblé en el campo de batalla, siento que mis piernas flaquean ante esta escena desconsoladora.

(*Saldrán del dormitorio el doctor Révérénd y el General Montilla*).

Montilla—La presencia del sacerdote era necesaria,

pero ha transfigurado más al Libertador, pues es la notificación de muerte

Révérénd—Considero que el desenlace fatal se acerca.....
(*Se siente que llegan otras personas y van entrando los Generales Carreño y Silva, y los señores Manuel Ujueta y Manuel Recuero*),

Carreño—La noticia de la gravedad del Libertador ha volado y, por eso, nos hemos convidado para venir a ofrecer nuestros servicios.

Ujueta—Hace rato que el Libertador mandó traer al notario Noguera, para tratar con él asuntos de capital importancia.

Recuero —Sí, parece que piensa en el más allá, porque la novedad lo asedia y lo precipita.

Révérénd—Con positiva pena tendremos que prepararnos para el lance supremo; el Libertador de Colombia nos abandonará dentro de poco.

Montilla—Este es el resultado de las escenas del 25 de septiembre de hace dos años; es el brote de las pasiones, es

Sardá—Es el pago que se les da a los bienhechores; la escena del Calvario se repite, no hay duda.

(*Se siente que el Libertador se queja y tose*).

Recuero—(*Con despecho*). Infame humanidad que lleva al sacrificio a los que han venido al mundo nada más que para servirla

(*Sale el doctor Estévez de confesar a Bolívar*).

Estévez—El asunto conciencia está arreglado y parece que el Libertador aguarda resignado la muerte. Me exige que le mande el viático y, por eso, me despido de ustedes, acompañándoles en esta hora de angustia. (*Sale*).

Joaquín—Qué notificación tan perentoria. Colombia irá al desastre si le llega a faltar su amigo, su protector, su padre

Révérénd—Un momento, me acerco al paciente, al menos para fortalecerlo un poco, pues (*Sale*).

Carreño—Si no fuera porque le acaloramos la pieza, ya estaría yo también haciéndole compañía.

Ujueta—Me ha intrigado la llamada cautelosa del Libertador al notario Noguera; eso nos señala el término de su preciosa existencia, y

Montilla—Vamos a tener que llorar el proceder innoble de Venezuela al declararlo desterrado, y la conducta villana de los gratuitos perseguidores de quien pulverizó las cadenas del esclavo

ESCENA VI

Bolívar—Joaquín—Sacerdote—Montilla—Sardá—Révérénd—Carreño—Ujueta—Recuero—Acólitos y acompañantes.

Bolívar—(*Quejándose y tosiendo*). Me siento agotado.
(*Se sentirá la campana de la administración que viene llegando*)

Sacerdote—(*Entra con dos acólitos y unos indígenas trayendo el viático. Todos los presentes se ponen de rodillas, y el sacerdote penetra donde el agonizante; dentro se oirá que Bolívar dice: «Sí creo». Luego que sale el sacerdote llama Bolívar al Notario que permanece dentro*).

Notario—Disponga su Excelencia.

Bolívar—(*Casi a media voz*). Favor de leerles a los amigos esto.

Notario—Será obedecido. (*Sala a la escena y lee la última proclama en voz alta, pero cuando llega a «. . . . y mi amor a la libertad», se conmueve de tal manera que se le ahoga la voz y se enjuga las lágrimas, por lo cual suspende la lectura*).

Recuero—(*Tomando la proclama, continúa leyendo, pero cuando dice: «Yo bajaré tranquilo al sepulcro», contesta el moribundo desde su cama*).

Bolívar—Sí, al sepulcro. . . . (*tose*) es lo que me han proporcionado mis conciudadanos (*vuelve a toser*). . . . pero los perdono (1).

(*Todos los oyentes se manifiestan abatidos con lo que han oído*).

Révérénd—(*En la puerta del dormitorio con angustia*). Si queréis presenciar los últimos momentos de Bolívar, es tiempo. (*Vuelve al lado del enfermo y todos los amigos penetran en el dormitorio; allí se escaparán lamentos, ayes, quejas Cae luego el telón y se oye que el General Luque dice en voz alta*):

Luque—«Soldados! . . . Murió el sol de Colombia! Sus rayos bienhechores dejan ya de alumbrar a esta tierra desgraciada! . . . Murió el Padre de la Patria, el ilustre Bolívar, y cien años de luto no son suficientes a demostrarle toda nuestra gratitud, todo nuestro amor, todo nuestro agradecimiento! . . . »

(*Se oye una descarga de fusilería*).

FIN

(1) En la página 10 de este opúsculo insertamos la proclama.



Testamento y muerte de Bolívar

(LECCIÓN DE HISTORIA)

El 10 de diciembre de 1830 otorgó y firmó su testamento el Libertador, en la Quinta de San Pedro Alejandrino, jurisdicción de Santa Marta, ante el Notario José Catalino Noguera.

En el expresado testamento hacía las declaraciones siguientes: 1.º Que fue católico, apostólico, romano; 2.º Que fue casado con la señora Teresa Toro; 3.º Que era dueño de las tierras y minas de Aroa; 4.º Que aportó a su matrimonio la herencia de sus padres; 5.º Que adeudaba una suma de pesos a Martín y Powles y Compañía.

Respecto de sus haberes dispuso: 1.º Que se devolviera a Bolivia la medalla que le había presentado el Congreso; 2.º Que dos obras importantes que poseía fueran a la Universidad de Caracas; 3.º Que a su fiel mayordomo Palacios se le dieran \$ 8.000; 4.º Que los papeles que le tenía Pavageua se quemaran; 5.º Que sus restos fueran a Caracas; 6.º Que la espada que le donó Sucre, volviera a la viuda; 7.º Que se le dieran las gracias al General Wilson por el buen comportamiento de su hijo Belford.

Constituyó albaceas a los señores Pedro Briceño Méndez, Juan de Francisco Martín, José Vargas y Laurencio Silva.

Declaró herederos universales a sus hermanas María Antonia y Juana Bolívar, y a los hijos de su finado hermano Juan Vicente Bolívar, llamados Juan, Felicia y Fernando.

El 17 de diciembre de 1830, a la una de la tarde, dejó Bolívar la terrena existencia; su lecho estuvo rodea-

do del médico, doctor Reverend, quien lo asistió gratuitamente, y de una lujosa oficialidad.

La muerte del Libertador se anunció en la Fortaleza del Morro, con tres cañonazos consecutivos, y uno más cada media hora hasta la inhumación del cadáver del gran caudillo.

A las ocho y media de la noche fue llevado el cadáver a Santa Marta, donde estaba preparado el salón; fue embalsamado, y después quedó expuesto al público hasta el día 20, a las cinco de la tarde, hora en que fue sepultado en el templo.

El cortejo fúnebre estaba dispuesto de esta manera: se tendió en ala, por las calles, la milicia; la guardia del Libertador se puso sobre las armas; adelante marchaban los caballos del difunto General, con caparazones negros que llevaban las iniciales del ilustre difunto.

Iban a caballo el Sargento Mayor, un Comandante y un Coronel, todos con su espada en mano; después una Compañía del *Pichincha*; detrás los sacerdotes y el Cabildo Eclesiástico; por último, el cadáver de Bolívar.

El cuerpo del difunto estaba arreglado con sus insignias militares y era conducido el féretro por dos Generales, dos Coroneles y dos primeros Comandantes.

El resto del cortejo estaba formado por el Comandante General del Departamento; el Comandante de armas de la plaza con sus Estados Mayores; la guardia de Bolívar con bandera arrollada y armas a la funerala; con paso lento seguían detrás muchos empleados y particulares.

Un túmulo suntuosamente vestido y con simbólicas alegorías, estaba preparado para recibir el cadáver, y allí tuvieron lugar los últimos oficios fúnebres; hubo las descargas acostumbradas y en una de las principales bóvedas de la catedral quedó el cadáver del padre de Colombia hasta el 21 de noviembre de 1842.

En la orden general del 17 de diciembre decía el General Montilla: « Artículo 2.º Es la una de la tarde, y Colombia acaba de perder para siempre a su Libertador y Padre. Si grande y magnánima fue la vida del Genio de nuestra Independencia y Libertad, su muerte ha sido la de un verdadero Héroe ¡Qué sufrimiento! ¡Qué constancia! ¡Qué tranquilidad de espíritu! Un espacio inmenso se ha interpuesto entre Colombia y su Libertador, y nada podrá calmar la dura pena de los colombianos. . . . El Ejército, esa parte preciosa del pueblo que tantos días de gloria ha dado a la Patria, ya no verá más al frente de sus banderas al Varón ilustre que por el camino del honor y de la victoria lo condujo al templo de la inmortalidad. . . ! »

El General Luque decía: « Soldados! . . . Murió el sol de Colombia! Sus rayos bienhechores dejan ya de alumbrar esta tierra desgraciada! . . . Murió el Padre de la Patria, el ilustre Bolívar, y cien años de luto no son suficientes a demostrarle toda nuestra gratitud, todo nuestro amor, todo nuestro agradecimiento! . . . »

También se dejaron oír los señores Comandante General del Magdalena, Prefecto del Departamento y el General Rafael Urdaneta en su proclama de 9 de enero de 1831.

Don Juan de Francisco Martín, Prefecto del Departamento, en uno de los puntos de su alocución del 21 de diciembre dijo: « Pueblos del Magdalena! . . . Penetrado del más acerbo dolor, lleno hoy el más triste deber. ¡EL PADRE DE LA PATRIA ya no existe! . . . Las calamidades públicas y la horrible ingratitud de sus enemigos le han conducido al sepulcro el 17 del corriente, a la una de la tarde. El ha muerto víctima de su consagración a la Patria . . . »

«Un fin prematuro ha sido el premio de sus heroicos sacrificos; y las lágrimas de sus fieles amigos y el tardío arrepentimiento de sus gratuitos enemigos, no podrán ya volver la vida al que tantas veces la dio a Colombia. La lápida que cubre sus restos venerables le separa para siempre de nosotros! En los momentos que el grito nacional le vindicaba, llamándole como la única esperanza de la Patria, la muerte nos le arrebató, y el Cielo ha recibido ya al Bienhechor de un mundo!..»

El General Rafael Urdaneta, encargado del Poder Ejecutivo, decía: «¡Colombianos! Las pasiones contemporáneas, aun las más encarnizadas, deben darse ya por satisfechas. BOLIVAR no pertenece hoy más sino al dominio de la Historia; y mientras ella le asigne en sus páginas el prominente lugar a que le han hecho acreedor sus relevantes servicios a la causa de la humanidad, nosotros, los que tenemos la desgracia de sobrevivirle, debemos reunirnos en torno de su tumba helada, a llorar la pérdida que hemos hecho, a meditar sobre la situación de Colombia, y prestarle los auxilios de que tanto necesita la Patria para revivir»

Doce años, aproximadamente, estuvo sepultado en Santa Marta el cadáver del Libertador de Colombia, hasta que el 21 de noviembre de 1842, en cumplimiento de la voluntad consignada en su testamento, fueron exhumados sus restos. Se preparaba un acontecimiento que obligó a los moradores de la ciudad a vestir de negro sus habitaciones.

Desde el 16 de noviembre habían llegado al puerto de Santa Marta los buques que traían la Comisión de Venezuela, a recibir las cenizas de Bolívar. Esa Comisión la integraban los señores doctor José M. Vargas, General José M. Carreño y Mariano Ustáriz.

El 22 de noviembre de 1842 fueron entregados los despojos mortales de Bolívar a la Comisión venezolana;

el General Posada fue encargado para llevar la palabra en el solemne momento.

La oración del General Posada fue concebida en estos términos: «Excelentísimos señores comisionados de Venezuela:

«En este día solemne por tantos títulos, en este día de luto para la Nueva Granada, en que tiene que despojarse por su propia mano de las preciosas reliquias que hubiera querido conservar eternamente, estoy encargado por el Gobierno de mi Patria y por la honorable Comisión que tengo el honor de presidir, de un deber bien penoso y triste: el de manifestaros, para que lo digáis a Venezuela, para que lo sepa el mundo entero, el duelo y sentimiento con que la Nueva Granada se desprende de los restos venerandos del Libertador SIMON BOLIVAR».

«¿Y podré yo cumplir con este encargo? No: no hay palabras bastantes a expresar lo que sienten los corazones. Vosotros, Honorables Diputados, lo veréis mejor en el semblante de todos los samarios, de este pueblo que recibió aquellos últimos suspiros de BOLIVAR que le arrancaron los dolores físicos y los dolores morales; que le vio prostrado en el tribunal de la penitencia recibiendo la bendición del cielo por la mano de un dignísimo príncipe de la Iglesia; de este pueblo, en fin, que depositó, conmovido, su cuerpo inanimado en el lugar santo en que lo habéis hallado y que representa hoy a la Nueva Granada en su dolor».

«Lo que habéis visto, lo que veis, no se finge: todas las pasiones han callado, todas las opiniones han desaparecido, para rendir homenaje a la sombra creciente del gran caudillo de los libertadores: los recuerdos de las hazañas inmortales del glorioso ejército; el nombre mágico de Colombia Pero yo no puedo continuar».

«Tomad, señores, el precioso tesoro que buscáis, llevadlo a esa tierra privilegiada por el acaso, y sabed, y

sepa ella que el respeto que el Gobierno y el pueblo granadino tienen a la última voluntad del Héroe, es la única fuerza capaz de hacer a la Nueva Granada resignarse al sacrificio».

«¡Y vosotras, cenizas ilustres que habéis descansado en paz por más de una década en este suelo que no quisisteis que os sirviese de asilo eterno, admitid los votos que los granadinos todos elevan al cielo por vuestro descanso perdurable!»

El doctor José M. Vargas contestó con sentimental elocuencia y el aparte más saliente de su oración dice: «...Excelentísimos señores comisionados de la Nueva Granada: Que este precioso depósito que ahora recibimos de vuestras manos sea una prenda sagrada y un garante de perpetua paz, amistad leal y fraternales simpatías entre los pueblos hermanos de la antigua Colombia, es el voto ferviente del Gobierno y el pueblo de Venezuela».

Por solicitud de la Comisión colombiana, se consiguió que la de Venezuela nos dejara en una pequeña caja de plomo el corazón y las entrañas de Bolívar; abierta que fue, solamente contenía tierra, y quedó en la catedral de Santa Marta, donde se conservará como legado precioso.

Ocho forzudos marineros recibieron la sagrada caja y la llevaron a la falúa; en el momento todos los remos cayeron al agua y partieron dejando largas y espumosas estelas en su arranque. Tronaron los cañones de la batería de Santa Bárbara y de los buques de guerra extranjeros. Las casas de la ciudad y los cerros vecinos retemblaron al estampido simultáneo y terrible de ochenta cañones.

CONCLUSION

Los despojos de nuestro Libertador fueron llevados para Venezuela, quedándonos como legado su corazón, lo que debe hacernos pensar que Colombia y Venezuela han de compartir sus glorias y sus martirios: la fraternidad es nota de las almas nobles.

EL PALOMO BLANCO

(DIÁLOGO HISTÓRICO)

(La escena en la sala de una casa de familia, en Santa Rosa de Viterbo, arreglada modestamente, con puerta al fondo.—*Personajes*: José, esposo de Casilda, campesinos de buen proceder. Llegá de viaje Bolívar, con sus botas y uniforme, y llama a la puerta. Año de 1814).

ESCENA PRIMERA

JOSÉ Y CASILDA

José—Alguien llega de a caballo y llama.

Casilda—Quizá sea alguna persona importante según la manera de golpear. Conviene que nos informemos, José. (*Se sienten nuevos golpes*).

José—Qué insistencia. Salgo y ya sabremos de qué negocio se trata (*sale*).

Casilda—Me imagino algo raro, algo no sé cómo decir. . . porque el corazón me lo avisa, y como es buen amigo, no me engaña. Siempre me ha servido de guía.

José—(*Que vuelve*). Cómo si lo hubiéramos visto Es que en cierto modo hay razón, Casilda, para que te llamen aquí la bruja, la agorera, la adivina.

Casilda—¿De qué se trata, pues? Me tienes ya con curiosidad.

José—Se trata nada menos que de un caballero moreno, delgado, de mirada inquieta, que viene de viaje y pide que le demos posada por esta noche.

Casilda—Como es bueno dar posada al peregrino, según nos lo enseña la santa Ley de Dios, creo que no hay inconveniente, si te parece; de suerte que será bueno hacerlo seguir.

José—Ya le he dicho que tenemos buena voluntad en

hospedarlo, manifestándole que se resigne a pasar una mala noche en nuestra compañía.

Casilda—Que le reciban el caballo y lo pasen al corral donde está mi yegua; ahí tiene qué comer, ¿no te parece? . . . Sin embargo, podría mandarse la cabalgadura a la manga de *Cuche* que, aunque algo distante, le proporcionará mayor descanso.

José—He dispuesto que le dejen la bestia en el corral porque el viajero desea madrugar a tomar camino, según me lo ha dicho. El mismo se ha hecho cargo de acomodar la bestia.

Casilda—Aunque no podremos brindarle mayores comodidades a nuestro huésped, es bueno que lo hagas seguir y le averigües si se le prepara alguna merienda, que en cuanto al dormitorio, ya he pensado que lo alojemos en la pieza del zaguán, que es la mejor.

José—Salgo a traerlo y ya lo conocerás; viene quemado por el sol, maltratado y como deseoso de llegar pronto al fin de su viaje, pues (*Sale por el fondo*).

Casilda—En estos tiempos de tanta guerra, de tantas inquietudes, de tanta angustia por el lado de Venezuela, no son raros estos cuadros, pues parece que los hombres se han encargado de perseguirse sin descanso, pero parece que se acercan.

ESCENA SEGUNDA

LIBERTADOR — CASILDA — JOSÉ

(*Entran José y el Libertador; éste en traje de viaje*).

Libertador—Buenas tardes, señora. He venido a pedir a ustedes posada, y aunque hubiera podido hacer noche más adelante

Casilda—Buenas tardes, patrón. ¿Y por qué no pasar una mala noche aquí? Veá, señor, que esta es su casa y

nosotros tenemos mucho gusto en servirlo. (*Le acerca un taburete y se sientan todos*).

José—Sí, señor, no le ofrecemos muchas comodidades pero sí la buena voluntad. ¿Con que quería seguir más adelante, nos dice?

Libertador—Tengo urgencia de llegar a Tunja, ya que el Congreso está reunido, pues se trata de un asunto demasiado importante para todos, y si no pude continuar la marcha fue, precisamente, por la mala situación en que viene la mula que monto, pues lleva muchos días sirviendo y está completamente agotada.

Casilda—Ya descansará y recobrará alientos; el corral es grande, tiene buen pasto y no carece de bebederos.

José—Las mulas, con poco descanso y alguno que otro pienso, recuperan fuerzas en muy poco tiempo.

Libertador—Con todo eso yo quisiera cambiar de bagaje y he pensado en proponerles

Casilda—Mientras ustedes platican quiero mandarle preparar al señor alguna cosa y arreglarle el alojamiento de los pobres. (*Sale*).

José—¿Nos decía que quería proponernos alguna cosa?

Libertador—Sí, quisiera que ustedes me dieran en alquiler la yegua que tienen en el corral donde quedó mi mula; yo creo que como está descansada y en buenas carnes, haría yo el resto del viaje con menos tropiezo. Les agradecería este favor.

José—Como el animalito es de Casilda, será bueno proponérselo a ella, porque aunque yo pudiera entrar en cualquier operación, he acostumbrado proceder siempre de acuerdo con la costilla que Dios me dio.

Libertador—Ya vendrá y enderezaré mi solicitud a ella, fiado, eso sí, en que usted me dará su ayuda.

José—Al menos no pondré inconveniente de mi parte porque quiero servirlo, señor.

Libertador—Gracias. Si usted supiera el fin que me obliga a llegar a Tunja lo más aprisa posible, de seguro que me fletaría la yegua sin más preámbulos.

José—Al ser exclusivamente mía, estaría hecho el negocio, sin reservas ningunas, pero como es de la mujer, y las mujeres son en ocasiones así medio, delicadas es mejor no meneallo.

ESCENA TERCERA

LIBERTADOR — CASILDA — JOSÉ

(Vuelve Casilda del interior de la casa).

Libertador—Señora Casilda, ha venido usted como llovida del cielo, pues se trata de un negocio que le propongo a su señor esposo, negocio que debe resolver usted y que puede convenirle.

Casilda—*(Aparte)*. Estoy en aprietos con este asunto; ilumíname, Dios mío, para acertar a dar contestación *(alto)*. Hable, señor, y veamos qué es el asunto.

José—Quiere el señor doctor que le alquilemos la yegua para seguir su viaje hasta Tunja, pero como tú eres la dueña, no he querido yo empeñar palabra ni decir esta boca es mía, con que

Libertador—Sí, señora Casilda. Me urge llegar a Tunja y quisiera dejarles aquí mi mula para que descanse, siempre que usted convenga en darme en alquiler la yegua.

Casilda—Pues en verdad no sé qué decirle, porque

Libertador—Porque ¿qué? ¿Juzga usted que no le pagaré bien el servicio? Entienda que no me pararé en algunos centavos para retribuir a ustedes; lo importante es el servicio a tiempo.

José—Como el viaje es tan corto, yo creo, Casilda, que tal vez no haya inconveniente. Ya nos devolverá de Tunja el animalito, ¿no es así, doctor?

Libertador—Yo me llevaría a usted de compañero, le pagaría el viaje, y usted mismo devolvería la yegua. Creo que mayor garantía no podré darle, señora Casilda.

Casilda—(*Aparte*). ¿Cómo salgo de este lío? Ambos tienen interés en el alquiler, pero (*alto*). Vea, señor, francamente yo

Libertador—¿Francamente qué? ¿Teme por ventura que yo pueda alzarme con el santo y la limosna? Quizá no me conoce, y tiene razón, porque es la primera vez que nos vemos, sin embargo

José—A juzgar por su porte, doctor, no es posible sospechar de su honradez ni entrar en cavilaciones de ningún género.

Casilda—Pues vean ustedes: esa yegua ha sido para mí causa de algunas meditaciones, pues he soñado cosas tan raras, tan extraordinarias, que francamente no me resuelvo a darla en alquiler, no quiero servirla.

Libertador—Me tiene usted intrigado con sus evasivas, señora Casilda, no hallo motivo para una negativa tan categórica.

José—Es que mi cara mujer les tiene a los sueños una fe profunda, con decirle al doctor que aquí la llaman la bruja, la adivina, la agorera

Libertador—¿Cómo son esos sueños? señora Casilda.

Casilda—Pues vea usted, señor: He soñado (*y es que a mí me salen los sueños*) que esa yegua va a tener un potro blanco como un copo de algodón, y ese potro es brioso, de buen cuerpo, muy bien conformado, y que ha de ser para que monte un gran general, a quien sacará victorioso en los campos de batalla

Libertador—(*Aparte*). Esto parece una profecía; no debo insistir (*alto*). Bien, señora, no siendo posible, me conformaré con aliviar la pobre mula quitándole algo del peso que lleva, pero para ello necesito

José—¿Dejarnos a guardar algunas cosas aquí?

Libertador—No, precisamente, quiero que usted (*a José*) me acompañe hasta Tunja, y así....

Casilda—Eso más bien, señor; José no tendrá inconveniente para hacerle compañía y él podrá llevarle algunas cosas.

Libertador—Convenido; emprenderemos viaje muy temprano, Dios mediante. José irá a acompañar a Simón Bolívar (*cuando los esposos oyen el nombre de Bolívar, quedan abismados y hacen ademanes de sorpresa*) y la señora Casilda me cuidará mi potro que, siendo como un copo de algodón, habrá de llamarse Palomo Blanco (1).

TELON

(1) En este Palomo Blanco hizo el Libertador el triunfo en Pantano de Vargas y algunos otros. El sueño de Casilda se cumplió.



La sombra de Bolívar a los colombianos

(Fragmento)

.....

Fue mi cuna Caracas, y recibió mi último suspiro otra ciudad no distante del mar. En la primera gocé las alegrías de la juventud y del amor; lloré en la segunda los desengaños de la gloria y las inconstancias de la suerte.

Poeta, soñé; y mi sueño fueron cinco Repúblicas.

Soldado, combatí; y cien victorias coronaron mi esfuerzo.

Libertador, di dignidad a diez millones de hombres y fui proclamado PADRE DE LA PATRIA!

Genio, eclipsé los grandes héroes de la antigüedad.

Hombre, tuve pasiones y cometí faltas.

Vióme el mundo sobre la cima calcinada del Chimborazo, hasta donde había ido desde las encantadas fuentes amazónicas, y en donde cubrió mi espalda, no el manto imperial, sino las brumas del iris. Napoleón desde la cima de las Pirámides había mostrado a las naciones el látigo del despotismo militar; yo sobre el volcán, alcé el oriflama de los pueblos redimidos y proclamé la República. También, joven aún, sobre el osario de los Césares, juré al Dios de la Verdad infinita libertar la América, o morir!

Ese juramento, oculto en mi pecho, fue cumplido en Boyacá, Carabobo y Junín.

.....

La sombra de Milcíades sonrió a mis triunfos desde las llanuras de Maratón, y la de Leonidas, desde la gar-

ganta de las Termópilas. Su aplauso fue el ósculo de Grecia y Colombia! y dos mundos palpitaron con la misma emoción—la de la libertad—al través de los siglos!

Grande fue mi corazón: era la urna de América!

Fuerte mi brazo: era el de Marte levantado contra los tiranos.

Entre Colón y Washington debía elevarse una tercera figura, que representase dignamente la región de los Andes y del Orinoco, el Cotopaxi y los incendios del Polo. Alceme yo, por tanto, con la sublimidad del héroe y la hermosura de cinco naciones!

Llamóme *insurgente* el vasallo español; *tirano* el patricio exaltado; *prócer* el pueblo; y un mundo entero, PADRE Y LIBERTADOR. Esa es mi historia; tales son mis títulos!

Alejandro y César arrojaban cadenas sobre los débiles: yo combatí a los fuertes, y mis proclamas fueron rayos contra ellos.

Cortés, al pisar la tierra de Anahuac, quemó sus naves como lo había hecho Agatocles en Africa diez y ocho siglos antes; yo, al pisar a Venezuela esclavizada, abandoné hogar, ilusiones, fortuna y dicha, y me lancé en las lides sin más armas que mi entusiasmo: lo había quemado todo, menos la esperanza! Colón desafió los elementos ignotos: yo me encaré con los déspotas, rabia de la humanidad.

Durante cuarenta y siete años, lapso de mi vida, no fuí más que un apóstol armado; triunfé y caí. ¿Sobre quiénes triunfé? sobre enemigos de las naciones libres. ¿Quiénes triunfaron de mí? mis hermanos, antes esclavos, después mis jueces.

Dicté leyes, organicé pueblos, vencí ejércitos. La fama agitó por mí sus alas poderosas. Llevó mi nombre a las alturas; ofrecieronme los poetas cantos y las gracias coro-

nas; y, nuevo Espartaco, alcancé la bendición y la sonrisa de los esclavos. Yo redimí dos razas, y salvé dos víctimas: la negra y la patricia.

Caracas, Bogotá, Quito, Lima, Cuzco, La Paz me abrieron sus puertas y me tendieron palmas triunfadoras. Semejante al genio de las tormentas, recorrí más de una vez las cumbres de los Andes, aspiré el éter, y desde el nuevo Sinaí de Bolivia ofrecí al pueblo americano las tablas de mi ley política. Tal como la creí buena, así la promulgué.

Proscrito como Mario, lloré también como él sobre una playa, y mis lágrimas tuvieron por copa inmortal el Océano. Empero, yo no lloré maldiciones sino desengaños!

En mi tipo múltiplo—tipo fecundo y variado como la América—había de todos los hombres grandes. Platón me enseñó a pensar, y César a vencer. Mi lenguaje fue una mezcla del torrente y del céfiro; mi cerebro un volcán; mi alma la gloria!

.....

Colombianos! Yo vengo a habitar entre vosotros y con vosotros en este día inmortal. El 20 DE JULIO es una de las grandes efemérides del mundo moderno. Ved a Colón en la bóveda de vuestro Cielo. Le acompañan en cerco inefable Caldas, Torres, Acevedo, Nariño, Zea, Miranda, Santander, Córdoba, Sucre, Ricaurte, Girardot y mil y mil próceres más. Todos os saludan; y unos olvidan sus hierros, otros su sangre vertida, otros la ingratitude pública, viéndoos felices en este día, precursor de nuevas glorias, nuncio de más claros soles!

Os veo a todos reunidos en el hogar de la gran familia americana, contentos a todos, y a todos hermanos. Al lado del encanecido adalid veo al niño de ocho primaveras. El arma que luchó en Ayacucho y el pendón

que ondeó en Junín, movidos por el mismo impulso, no anuncian ya la hora del combate, sino la fiesta de las Repúblicas !

Veo pasar a las madres con la sonrisa en los labios. Las ninfas del Funza y del Rímac no lloran ya: sus ojos son las luces del amor y de la fe. Saltan los niños llevando festones de flores. Ah! lo comprendo: ya no se llora en Colombia, ni en Venezuela, ni en el Perú, ni en el Ecuador, ni en Bolivia, porque ya no hay tiranos si hay dolores en la Patria común, al menos no los producen los déspotas.

La Paz habita con vosotros, y la civilización viene a posarse en vuestro suelo, rico edén de las leyendas del porvenir.

La *Esperanza* se pinta en todos los rostros, cual el místico albor de un oriente infinito! Muy bien, la Fraternidad es el camino hacia Dios!

.....

FELIPE PÉREZ



Diálogo entre Bolívar y el Sargento Miguel, su ordenanza

Por T. F.

Trajes—El de Bolívar será enteramente sencillo y sin otro adorno que sus estrellas de General y tres medallas prendidas al lado izquierdo de su dormán y pendientes de cintas que representan los colores de la bandera nacional. Miguel representa un negro, y su traje será dormán y pantalón colorados y un morrión a la usanza de aquella época. Estará divisado de Sargento y llevará puesto tahalí y cartuchera. El lenguaje y el acento de la voz deberán ser los del llanero.

El acto tiene lugar en una sala humildemente amueblada en la hacienda de «San Pedro Alejandrino», próxima a la ciudad de Santa Marta, diciembre de 1830. Aparece Bolívar sentado junto a una mesa llena de papeles y libros, con la cabeza apoyada en la mano y el codo sobre la mesa.

PRIMERA PARTE

(Miguel entra por la puerta central, hace al Libertador la salutación de ordenanza y alargándole un pliego le dice):

M.—Uno plieguito, mi generá.

(Bolívar toma el pliego, lo abre despacio y lee la siguiente carta):

B.—

«Bogotá, noviembre 20 de 1830

Excelentísimo señor General Simón Bolívar.

Mi querido Libertador y amigo:

Ni la expatriación, ni la pobreza, ni el quebrantamiento de la salud de V. E. han sido bastantes para acallar la voz de la calumnia y de la injusticia de sus gratuitos perseguidores. Estos caballeros, olvidando los merecimientos de V. E. y las más triviales nociones de respeto y de decoro, han llevado su mordacidad hasta el más grosero insulto, titulando a V. E. ladrón de los tesoros públicos. . . .

traidor a la República. . . . tirano henchido de bastardas ambiciones». (*Cuando llega a este punto, sacude la carta con furor y con violenta emoción se dirige al ordenanza en estos términos*):

B.—¡Oh! . . . Esto es demasiado, Miguel: esto es el colmo de la insolencia y el más negro baldón que pueden lanzarme a la cara mis gratuitos enemigos.

M.—Cierto, mi generá.

(*Bolívar continúa la lectura*).

«La América entera sabe que V. E. abandonó cuantiosos bienes de fortuna heredados de sus padres, por atender únicamente a la libertad de medio mundo, y que con ejemplar desprendimiento rechazó el millón de pesos que el Perú le ofreció; y el que esto ha hecho ¿sería capaz de un acto de latrocinio, propio sólo de vulgares traficantes?

«La América entera sabe también que V. E. es el Padre y Fundador de la República, y que su alma es demasiado grande para que hubiera de abatirse hasta el extremo de traicionar su propia obra y manchar de lodo la corona de laurel ceñida en mil combates. En cuanto al cargo de traidor con que esos ingratos procuran mancillar la honra de V. E., nadie habrá de creerlo, ni la infecta baba de la calumnia llegará a borrar el dictado de Libertador con que la justicia popular condecoró a V. E. Aquí en la capital es bien conocido el contenido de la carta que desde Guaduas y en vía ya para el destierro, escribió V. E. al señor Gabriel Camacho, notificándole la necesidad de algunos recursos, no por personales exigencias, sino por decoro y vergüenza de las naciones fundadas por V. E. También sabemos ya que para los preparativos de su viaje V. E. tuvo que vender su vajilla, único recurso de que podía disponer; y hoy estamos apercibidos de la excesiva pobreza en que V. E. se encuentra colocado. Hechos son todos éstos, Excelentísimo señor, que nos lasti-

man el corazón y que nos han obligado a pensar seria y decididamente, en morir al lado de V. E. o en pulverizar a sus mezquinos detractores». (*Aquí suspende por un momento la lectura, y Miguel le dice con viveza*):

M.—Sepa, mi generá, que eso sí me parece lo mejorcito.

(*Bolívar continúa la lectura*).

B.—«El solo nombre de V. E. es una garantía de victoria. Ordene V. E. cuanto guste, todo será obedecido sin reserva alguna.

«Listos como estamos a sacrificarnos por la justicia, nada nos detendrá, y la muerte misma nos será agradable.

«Su admirador y amigo, q. b. s. m., F. T.»

M.—Sí, mi generá; mande que a su negro Miguel no le falta un buen corazón, y aquí (*golpeando la cartuchera*) su die cartuchos.

B.—(*Bolívar se sienta y vuelve a su primitivo estado de abatimiento*).

M.—(*Inclina la cabeza, fija la mirada en el Libertador y con expresión de tristeza le dice*):—Mi generá, sabe que toy muy apesadumbrao.

B.—¿Por qué, Miguel?

M.—De ver triste a mi generá y de haber escuchao la conversación de esa carta.

B.—Sí, Miguel, esa carta te habrá revelado la miseria humana y lo efímero de las grandezas de este mundo. Ayer era yo el hijo mimado de la gloria, del poder y de la fortuna. Sobre mi frente llovían guirnaldas de oro y de laurel, y mis pisadas de victorioso General eran señaladas con flores esparcidas por manos cariñosas. Las multitudes, tú lo presenciaste, Miguel, se atropellaban a mi paso para colmarme de bendiciones, y los pueblos para aclamarme como a su Padre y Libertador. Desde el uno hasta el otro confín de la América Latina era mi nombre exaltado hasta

la apoteosis más grandiosa, y mi espada y mi corazón señalados como el sagrado talismán de la Libertad y de la República. Mas hoy ¡hoy Miguel! no soy más que un pobre proscrito, maltratado por la pobreza, y próximo a desaparecer de este mísero mundo, sembrado por doquier de amargos desengaños. Sí, Miguel, hoy, azotado por la calumnia y perseguido por la envidia, vivo en hogar ajeno, descanso en lecho prestado y dentro de pocas horas mi pobre y desnudo cadáver irá a una fosa humilde cavada por manos extranjeras . . . ! *(Con desesperante emoción se tira a su asiento, sosteniendo la cabeza en ambas manos).*

M.—No mi generá, no diga tal cosa, ¿y poqué se había de morir?

B.—Sí; ayer esos mismos hombres que hoy me insultan y procuran mancillar mi honor, me adulaban y con los desperdicios de mis lauros procuraban orlar su frente y engalanar una hoja de merecimientos que sin mí jamás hubieran alcanzado.

M.—¿Y poqué no les echo bala, mi generá?

B.—No, Miguel, es mejor perdonarlos: es mejor morir con la resignación del justo y rendir la jornada de la vida oscuros y olvidados, antes que manchar nuestras manos con la sangre americana y salpicar de lodo esta frente que ante la historia de los pueblos habrá de levantarse erguida y limpia para confusión y oprobio de mis propios enemigos.

M.—Pero mi generá: yo que hace mucho año que lo acompaño, que he mirao sus agonía y ese bendito genio que Dio le ha dao, no puedo consentir no mi generá, que uté muera olvidao, como un perro, y que sus enemigos yenos de orguyo queden contoneándose, como aqueyas niñaíta que a la entraa de Caracas echaban flores delante de su cabayo. No mi generá. Uté no morirá olvidao; pues aquí tiene a su nego Miguel que sabrá amarlo

eternamente y que cuenta con una bayoneta pa sampárse-la a sus enemigo por... Jesús, María y José que iba a epresar una cosa muy fiera.

B.—Comprendo toda la extensión de tus sentimientos generosos, Miguel, y al través de ese tosco lenguaje con que te expresas, miro brillar la nobleza de tu alma y esa fidelidad hacia mi persona con que siempre te has distinguido. Yo te agradezco estas sinceras manifestaciones de lealtad y de cariño y creedme, soldado generoso, que ellas traen bastante alivio a mi lacerado corazón. Veo que no estoy completamente abandonado: veo que te debo más a ti, oscuro ordenanza mío, que a esa turba de palaciegos que bajo mi sombra y con el sudor de mi frente han alcanzado posición y fortuna hasta para lanzarme fuéra de la Patria. Pobre soldado! Tú que has servido a la República y derramado tu sangre por ella en mil combates; tú, pobre desheredado de la fortuna, eres más digno de un nombre inmortal que muchos de mis detractores, y a pesar de todo vivirás en oscura condición y morirás también en la miseria, sin un vaso de agua con qué refrescar los labios y sin una mano cariñosa que enjague tu agonía!

M.—Es cierto, mi generá: mi cuerpo tá que da lástima de puro remiendos; pero esos arañ no significa nada; pue que me queda todavía más sangre pa derramar po mi generá, po la libertá y po la República. Pero no pensemo en la muerte, mi generá, sino en hacerle una diablura a sus enemigo.

B.—Te repito, Miguel, es mejor imitar a Aquél que cubierto de oprobio murió perdonando a sus sayones en la cima del Calvario, por amor a la humanidad.

M.—Sí, pero no es uté mi generá, el que ha peleao po fundar la República y po quitarnos de encima a lo chapetone ¿po qué le dicen ladrón? Nada, mi generá, dejémolo de perdonar y echémole bala.

B.—Es verdad que he fundado la libertad y la independencia de estos pueblos y que hoy no hay Patria para mí; pero ¿qué hacer? En la suerte de los hombres, como en la suerte de los pueblos, hay misteriosos designios que los mortales no podemos contrariar. Tal vez yo, Miguel, como el Libertador hebreo, me dejé arrebatarse por la vanidad cuando llegué a la mayor altura de mi poder; y por eso también soy condenado por la mano de Dios a no penetrar a la tierra de promisión y a morir en regiones solitarias.

M.—Sí, mi generá; todo eso puede ser muy cierto, pero sus enemigo no han cometido también pecasos; ¿po qué no se largan ellos también de la Patria? ¿Po qué se quedan comiendo y gozando cuando mi probe generá es botao de la República? ¿Es decir que la justicia no es igual, y que uno po más buenos chupan y otros po más bribones se quedan callandito y gozando de los encantos de la vida?

B.—(*Poniéndose en pie y en tono magistral*). Miguel, sin pensarlo has disertado como muchos filósofos, y es el caso de una seria contestación a tu argumento. Hay en el común de los hombres la falsa creencia de que todo acto de justicia debe tener su cumplimiento aquí en la tierra, y cuando esto no sucede y vemos al justo que sufre y al malvado que goza y es feliz, negamos la justicia y desconocemos la Providencia. El hombre, Miguel, por muy bueno que sea, tiene sus manchas de impureza, que ante la justicia divina deben ser purgadas, para alcanzar la cumplida e inmortal victoria de su bondad. Mas, como este hombre todo bien lo espera de regiones inmortales, Dios le depura aquí en la tierra por medio de tribulaciones y dolores, y reserva premiarle su virtud con coronas inmortales. Ahora bien: el hombre malo, por malvado que él sea, no ha dejado de ejercitar algún bien, que ante esa misma justi-

cia divina no puede pasar sin alguna recompensa; mas como aquel hombre, toda su felicidad, todo su bien y toda su dicha la tiene fincada aquí en la tierra, Dios le premia con mano llena de riquezas, de honores y de terrenales favores el escaso bien que ha ejecutado, dejándole así saldada su cuenta y sin derecho a una retribución eterna. Hé aquí, Miguel, cómo se explica la sublimidad de la justicia de Dios, y cómo se aligeran los infortunios de la vida del hombre que es perseguido con injusticia aquí en la tierra.

M.—Todo eso que ha dicho mi generá no es tan de lo peor; y sepa que sí consuela; pero lo que sí creo, es que a su enemigo no le cabe perdón ni en la tierra ni en el cielo.

B.—Miguel: para almas grandes y generosas como la mía, no hay placer más puro ni dicha más cumplida que el perdón de las ofensas recibidas. Además, es ésta la ley del cristiano y ¡ay...! del que la infrinja, porque tampoco será perdonado!

M.—Pero buen primó, mi generá, que en ese caletre que Dio le ha dao, no le quepa que primero les echemo bala a sus enemigo y depués lo perdonemos.

B.—Sí, a ello me instigan mis amigos; pero yo ya no soy más que un cadáver, y aun cuando no lo fuera, jamás consentiría en manchar mis glorias, que por modestas que ellas sean, corresponden a la causa de la libertad y a la majestad de la República.

M.—Pues lo siento mi generá ¿pero po qué lo insultan? ¿po qué lo persiguen? ¿po qué lo maltratan?

B.—Miguel: quiero recoger mi espíritu; quiero hacer mi última meditación y esperar con tranquilidad la venida de la muerte. Los instantes de vida que me quedan son ya muy pocos... me siento débil y el frío sudor de la agonía inunda ya mi frente.

M.—¿Y qué será del probe Miguel si mi generá se

muere? Hace diez y nueve años que salí de Cumaná dejando a mi probe nega y dos ratoncitos que no sé la suerte que les haya tocao. He peleao en mil batayas y he tenío mucho trabajos; pero todo eso juntico no alcanza a la pena de ver morí a mi generá.

(Bolívar se quita un medallón del pecho y alargándolo al negro le dice):

B.—Toma esta prenda, mi fiel servidor y leal soldado de la República. No tengo otra cosa que darte; ésta es una reliquia santa que mi madre me colocó en el pecho y que por muchos años me ha acompañado: consévala como un testimonio de mi aprecio, y como el único tesoro que poseía el pobre Libertador al tiempo de su muerte. Vuelve en busca de tu familia para que a su lado vivas tranquilo los últimos días de tu terrenal existencia. Emplea el tiempo que te resta de vida en amar a tus semejantes y hacerles el bien, y cuando te corresponda también descender hasta el sepulcro, cierra los ojos con dulzura, pues tienes un buen corazón. Por ahora, déjame, Miguel, quiero hacer mi última meditación.

(Miguel toma el medallón, lo besa y luego, mirando Bolívar con expresión de deseo, le dice):

M.—Pero mi generá, yo deseara otra cosa.

B.—Qué?

M.—Inclinar mi rodilla delante de mi generá y besar la mano de mi Libertador.

B.—A mis pies, jamás . . . Miguel! entre mis brazos sí, soldado generoso.—Ven a ellos.

(Se estrechan con ternura).

M.—A Dió mi generá!

B.—Adiós, Miguel.

(Bolívar se retira a su asiento y con ambas manos apoya la cabeza).

M —Bien, mi generá: uté morirá, poque esa es la ley



del hombre; pero su bendito espíritu irá a Dió, y el recuerdo de sus hecho será la gloria de generaciones más agradecida. Su nego Miguel así se lo promete, poque nunca ha deconfiao de la justicia.

(Bolívar con la mano le hace señal de que se retire).

M.—Sí, a Dió mi generá!

(Miguel hace al Libertador el saludo de ordenanza y en actitud pesarosa hace su salida del escenario).

(Bolívar continúa por unos instantes en estado de completo abatimiento, y luego, pasándose la mano por la frente, principia a recitar en tono pausado y grave las siguientes estrofas):

SEGUNDA PARTE

Ultima meditación de Bolívar

Por J. M. Gutiérrez de Alba
(Español)

Cuán triste es la realidad!
Este silencio esta calma
¡Qué claro percibe el alma
Cerca de la eternidad!

Sueños de ambición y gloria
Ayer turbaban mi mente;
Hoy, con su delirio ardiente,
Se alejan de mi memoria.

(Pausa).

Todo en el mundo se acaba.
Ya, casi hasta con placer,
Miro desaparecer
Las sombras que acariciaba.
Ese confuso rumor,
Que el mar hasta aquí me envía,
Despierta en el alma mía
Ecos de un mundo mejor.

En éste es miseria todo:
Honor, grandeza, renombre
Cuanto más digno es un hombre,
Más le salpican de lodo.

Bajel es la humanidad,
Que en undoso mar navega,
Y que, cuando al puerto llega,
Libre de la tempestad,

Olvida pronto la lidia
Del timón que fue su amparo,
Y busca, huyendo del faro,
El escollo de la envidia!

La fama, de polo a polo,
Ayer mi nombre llevaba,
Y hoy la vida se me acaba
Aquí abandonado solo

Con los héroes combatí
Y de los héroes triunfé;
La libertad conquisté,
Patria a mis hermanos dí.

Y en este suelo bendito,
Que con mi sangre he regado,
Sólo yo, que lo he ganado,
Soy extranjero, proscrito!

Caracas, su aire natal,
Madrastra crúel me niega.
¡Ay, cómo a los hombres ciega
El espíritu del mal!

Dicen que yo una corona
Para mi sién pretendía!
Mi poder no fue de un día,
Mi vida entera me abona.

¿Qué rey ni qué emperador
Me hubiera envidia causado
Ante el sublime dictado
De PADRE Y LIBERTADOR?

Los que mi nombre infamaron,
Y mi fe desconocieron,
Quizás ni aun ellos creyeron
Lo mismo que propalaron.

Y es que el reptil, que no alcanza
A salir del lodo infecto,
Tiene envidia hasta al insecto
Que a los espacios se lanza.

Pero en vano la malicia
Querrá mi frente abatir,
Confío en el porvenir,
La historia me hará justicia.

(Señalando las cartas que están sobre la mesa).

Mis amigos con tesón
Quieren de nuevo elevarme!
La guerra! No he de mancharme
Con tan indigno berrón.

Si son conmigo inhumanos,
Los hombres, sé mi deber!
Por mí no se ha de verter
Más sangre de mis hermanos.

Harta es la desgracia mía
Al ver en mi hora postrera
La suerte que les espera
Sumidos en la anarquía.

Pienso *que he arado en el mar;*
Que a mi obra de redención
Seguirá la destrucción
De la Patria y del hogar;

Que en cambio de mis desvelos
Por la general ventura,
Será esto presa segura
De ambiciosos tiranuelos

Que harán a todo hombre honrado
Que vive de su labor,
Huír con pena y horror
De suelo tan desdichado.

Hasta que Dios, condolido
De situación tan fatal,
Del mismo exceso del mal
Saque el remedio cumplido.

(Pausa).

En mi profunda emoción
El sueño a mis ojos huye.
Qué ansiedad! Cómo refluye
La sangre a mi corazón!

Aún me parece que escucho
El grito, apagado ya,
Del triunfo de Boyacá,
De Junín y de Ayacucho!

Qué estrecho y firme es el lazo
Que une al hombre en lo que ama!
El rumor del Tequendama! . . .
Las nieves del Chimborazo . . .

La dilatada llanura,
Donde el humano poder
Lucha para someter
Un océano de verdura!

Nada hay ya que satisfaga
Esta sed del alma mía.
Allí . . . mi gloria lucía;
Aquí . . . mi antorcha se apaga!

Ay! mañana al nuevo sol
Con su rayo alumbrará
Mis restos que guardará
El hogar de un español! . . .

Yo a la España combatí
Nó, por mi Patria luché;
Su libertad proclamé,
Y a los déspotas vencí,

Pero en lucha tan sublime,
El vencido fue el tirano;
Que el pueblo es del pueblo hermano,
Y detesta al que lo oprime.

Mientras que aquí al cielo plugo
Derrocar la tiranía
El libre allá sucumbía
Bajo el hacha del verdugo.

El pueblo de Zaragoza,
Aherrojado en Villalar,
Al través del ancho mar
En nuestra dicha se goza.

Y quién sabe si mañana
Los ecos que van de aquí
Podrán implantar allí
La forma republicana!

Quiéralo Dios; pero sea
Tan cauto su proceder;
Que nadie logre encender
De la discordia la tea;

Pues en toda sociedad
En que impera la malicia,
Sin ley, ni orden ni justicia,
Perece la libertad.

Esa estúpida arrogancia,
Con que persigue el malvado
Al hombre digno y honrado
Es hija de la ignorancia,

Horrible y sutil veneno
Por el que matan y aun mueren,
Los miserables, que quieren
Vivir del trabajo ajeno.

(Pausa).

La Patria, que yo he creado
Por divina inspiración,
Hoy va a su disolución
Como un cuerpo acancerado!

¡ Ay! cuántas penas devoro!
Ayer fue nuestra deidad
Única la libertad;
Hoy ya no hay más Dios que el oro.

Yo al bien común he inmolado
Mi fortuna, mi existencia,
Y muero aquí... en la indigencia...
Y en lecho humilde... y prestado!

La envidia aquí me arrojó,
Víctima soy de su encono,
Mi propio mal le perdono;
Pero el de mi Patria, no!

(Pausa).

Oh! cuán horrible martirio
Mi vida efímera acaba!
Cuántas grandezas soñaba
En noble y santo delirio...!

Ver hasta el confín austral
Sólo un pueblo, altivo y fuerte,
Ligando su honra y su suerte
Por el amor fraternal!...

Ese era su alto destino ;
Y cumplirá su misión,
Si el trabajo y la instrucción
Le señalan el camino.

(Pausa).

Ya siento mi frente helada
Mi corazón ya no late
Es el último combate
Que hay entre el sér y la nada !

¿La nada? Y de nada en pos
Va el alma que aquí se encierra?
Volverá el cuerpo a la tierra ;
Mi espíritu irá hacia Dios.

Yo respeto sus arcanos,
A ser víctima propicia,
Ojalá que el sacrificio
Salvar pueda a mis hermanos !

Ay! Colombia! . . . Libertad
Mi nombre! . . . mi honor! . . . mi fama!
Si la calumnia me infama,
Fío en la posteridad.

Ella el premio a mi labor
Dará cumplido, esplendente ;
Ella ceñirá la frente
Del pobre Libertador !

Muero sin rencor . . . ni encono
Oh! . . . qué afán! . . . Es la agonía!
Adiós! . . . Adiós! . . . Patria mía!
Por tu amor yo les perdono.

ANTE LA ESTATUA DE BOLIVAR

Vedlo! Allí está; parece que se anima
Su enjuto rostro, su nervudo brazo;
Súbdito de su genio el Chimborazo
Al soportar su pie dobló la cima!

La Libertad, —que como a Dios estima,—
Roto sintió de la opresión el lazo;
Y, Padre bienhechor, unió en abrazo
Los hijos del Rimac y del Tolima!

¡Habla, fundido bronce! Dinos cuántas
Al par que tristes infecundas luchas
Murieron, al surgir, bajo tus plantas;

Y si la voz del patriotismo escuchas,
Yergue la frente y en tus ojos muestra
El ígneo rayo que blandió tu diestra!

RUBÉN J. MOSQUERA

BOLIVAR

Luz hecha espada, al Universo alumbra;
Hombre hecho rayo, sobre Iberia estalla;
Y es el poeta-rey de la batalla,
Y es el águila-genio que se encumbra!

Su alma de fuego el porvenir columbra,
Su fe de heroico apóstol, avasalla;
La libertad fecunda con metralla;
Su voz cautiva y su poder deslumbra.

Siembra, del Orinoco al Chimborazo,
Laurel de gloria que a la Patria inspira;
Vida le da con su potente brazo;

Con lo imposible y lo eternal delira;
Y el gigante, del mar en el regazo
Sobre la tumba de Colombia espira.

J. M. SAMPER

EL ABRAZO

(10 DE AGOSTO DE 1819)

El sol declinando va,
Está la tarde serena;
Hierve como una colmena
Santa Fe de Bogotá,

Echa a un lado su apatía
Y las campanas a vuelo;
Y levántase hasta el cielo
Insólita gritería.

Por la vía que serpea
De la cordillera al pie,
Lejos, muy lejos se ve
Nube de polvo que ondea.

Alzanla tres militares,
Que a largo galope van;
Y a sus corceles están
Desgarrando los ijares.

El de más suposición
Es de mediana estatura,
Tiene gallarda figura,
Y se llama DON SIMON.

Monta fogoso alazán,
De tanto correr rendido;
Y sobre el roto vestido
Lleva un gastado dormán.

Gorra con ancha visera
Cubre su frente, tostada
Por el sol; y su mirada
En torno fúlgida impera.

Cual arroyo rumoroso,
Que va rápido corriendo,
Sus aguas a otros uniendo,
Forma un río caudaloso;

Así van diez, veinte, ciento,
Untándose a DON SIMON;
Y forman un escuadrón,
Y después un regimiento.

Y la turbia polvareda,
Que más y más crece y sube,
Forma gigantesca nube,
Que sobre los Andes rueda.

Es BOLIVAR el que viene;
Ha vencido en Boyacá
Y loca la gente está,
Y nadie su ardor contiene.

¡Ha llegado! El pueblo entero
Agólpase en rededor
Del ilustre triunfador,
Del portentoso guerrero.

Casi en peso va el corcel,
Caminando a paso lento;
Y crece a cada momento
La gritería, el tropel.

Aplausos y bendiciones
Al que es su padre, ofrecer
Quieren; y quieren poner
A sus pies los corazones.

No pudiéndose acercar,
Una pobre anciana el grito
Levanta, y dice: — «¡Bendito!
¡Ah! Dejádmelo abrazar».

BOLIVAR la alcanza a ver
Con su rápida mirada;
Y dice en voz reposada:
— «Abrid paso a esa mujer».

Mas la multitud ardiente
En vez de abrirse se apiña;
Y por más que se la riña,
Ni un paso en cejar consiente.

BOLIVAR silencio exige,
Se apea rápidamente,
Se abre paso entre la gente,
Y a la mujer se dirige.

Yela a la anciana el temor,
Y quiere moverse en vano;
Mas halla apoyo en la mano
Del noble Libertador;

A sus labios, respetuosa,
La lleva, en llanto la inunda,
Y una alegría profunda
En su semblante rebosa.

BOLIVAR estrechamente
Abraza a la anciana luégo;
Y una lágrima de fuego
Deja caer en su frente;

Y al volverse conmovido
En busca de su alazán,
De su gastado dormán
Rueda un botón desprendido.

Cae la anciana de hinojos,
Guarda el botón en su seno:
Y con semblante sereno
Exclama, alzando los ojos:

— «¡Jesús mío y mi Señor,
Me entrego en tus manos; haz
Que muera tu sierva en paz:
He visto al Libertador!»

RICARDO CARRASQUILLA

EL CURA DE PUCARA

1825

El año de veinticinco,
Cuando fue el LIBERTADOR
Al Cuzco, por visitar
La grande Casa del Sol,
Llegó un día a Pucará,
de que era Cura Rector
El noble Don Choquehuarse,
Que de los Incas nació.
Hubo lo que había entonces
Cuando entraba DON SIMON:
Mucho arco y mucho cohete,
Mucho laurel, mucha flor,
Y sobre todo, muchísimo
Contento de corazón.
El Cura salió a encontrarle,
Y luégo que con él dio,
Esta arenga le dirige
Con firme y robusta voz:

«De unas tribus de salvajes
Quiso hacer el Sumo Dios
Un imperio poderoso,

Y a Manco Capac crió.
Pecó su raza, y entonces,
Como manda al aquilón
A purificar la tierra,
A los Pizarros mandó.
Después de tres largos siglos
De castigo y expiación,
Tuvo piedad de la América,
¡BOLIVAR! y os mandó a vos;
Y así el hombre de un designio
De la Providencia soís,
Nada de lo hecho hasta aquí
Por héroe o conquistador,
Se parece a lo que hicisteis
En veinte años de labor;
Y para que nadie pueda
Imitar vuestra alta acción,
Preciso es que no haya un mundo
De que ser Libertador.
Fundásteis cinco Naciones,
Cuyo progreso veloz

Colocará vuestra estatua
Donde ninguna alcanzó.
Con los siglos vuestra gloria
Crecerá tánto, señor,
Cual la sombra de los montes
Cuando ya declina el sol».
Calló el buen Cura, y callaba

Admirado DON SIMON,
Quien, con ser hombre elocuente,
No hallaba palabra o voz
Para responder, y al cabo
Tuvo por cosa mejor
Echarse en brazos del Cura,
Y en sus brazos se arrojó.

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

COMO SE CUMPLE EL DEBER

(Fragmento) (1)

.....
Arma al hombro y silencioso
Del cuartel en la ancha puerta,
Con aires de veterano
Paseábase el centinela.
Estaba meditabundo,
Así como aquel que piensa
En la ausencia de la Patria,
O en una esperanza muerta.
A sus pies cayó una bomba.....
Que acaso deseada era !
—«Al suelo!»—gritó D'Elhúyar;
Y al punto todos a tierra
Se lanzan, quedando firmes
el Jefe y el centinela.
—«Al suelo!»—repite el Jefe,
Con voz de mando severa,
Mas no lo ordenaba el cabo,
Y la consigna es suprema;
Y el soldado en recio tono
Que cuartel y mar atruena,
—«Una granada en el puesto !
Cabo—e guardia !.... si no

Y como el cabo tardase,
Y fuese ardiendo la mecha,
Ante la muerte segura
A que el Deber le sentencia,
Golpeó la bomba con rabia,
Y con voz de orgullo llena,
Dijo a la bomba: —«A la es-
[palda !]—
Y a la guardia gritó:—«Aler-
[ta !]—
.....
—«¡ Viva la Patria !» —excla-
[maron
Del mar en la playa inmensa;
—«¡ Viva BOLIVAR !»—los ecos
De los valles y las sierras.
¡Y entre el vitor de los héroes
Y el calor de la refriega,
De algún pedestal de ruinas
Entre la parda humareda,
Se elevó tranquila al cielo
El alma del centinela !

[llega !....]—

J. M. QUIJANO OTERO

(1) Este fragmento podría representarse entre varios niños en forma de diálogo.—(N. DEL E.)

LA MUERTE DEL HEROE

1830

AQUEL de la gran Colombia
Famosísimo guerrero,
Tan heroico en el combate
Como sabio en el consejo,
Tan gallardo con los hombres,
Con las damas tan discreto;
El que ganó más batallas
Que estrellas hay en el cielo.
Y del Orinoco al Rímac
En triunfo llevó sus tercios;
El que fue con sus amigos
Desprendido caballero,
Con sus contrarios piadoso,
Con todos noble en extremo;
El espanto de los reyes,
El escudo de los pueblos,
El terror de los tiranos,
Y de los libres aliento;
El que cautivó a la Gloria
Y dio a la Patria en trofeo
Las banderas inmortales
Del heroico Pueblo ibero;
El que redentor de un mundo,
Asombró con su denuedo,
Rinde tributo a la muerte,
Que no reconoce fueros;
Y a los fieles servidores
Que están al pie de su lecho,
Así les dice, sombrío
En el instante postrero:
— «¡La grandeza de los hombres
Es más fugaz que los vientos!

Como débil luz se extingue
La vida que hay en mi pecho.
¿Qué ha quedado de mi obra?
Rompí cadenas y cetros,
Mas la discordia levanta
Su oscuro pendón sangriento.
Los que tanto combatimos
Por la libertad del Pueblo,
En la mar hemos arado,
Hemos sembrado en el viento.
Si vence al fin la discordia,
Tendrá la anarquía el cetro,
Y América ingobernable
Se transformará en desierto.
¡O buscan todos refugio
En el dolor del destierro,
O tendrán que resignarse
A la vida de los siervos,
Si conquistarlos se digna
Algún déspota extranjero!»

Calló el héroe, y en la estancia
Reinó profundo silencio,
Que al par del dolor crecían
La admiración y el respeto.
Luégo brotó de sus ojos
Rápida chispa de fuego,
Y de espirar en el trance
Dijo, esforzando el aliento:
— «¡Montilla, Wilson, Ibarra!
¡Poned la espada en mi féretro,
Porque puedo despertarme
Al rechinar de los hierros!» —

JULIO CALCAÑO

A BOLIVAR

(Fragmento)

Libertador! Si de mi libre lira
Jamás el eco fiero
Al crimen halagó ni a los tiranos,
Escúcha su himno de loor que inspira
Ferviente admiración. Alto, severo
Será por siempre de mi voz el tono.
Sí, columna de América: no temo
Al cantar tus hazañas inmortales
Que me escuchen los genios celestiales,
Y juzgue el Sér Supremo.
¿Qué era, decid, el vasto continente...?

.....
Tres centurias gimió su opresa gente
En estéril afán, en larga pena,
En tinieblas mentales y cadena.
.....

Pero Bolívar fue. Su heroico grito
Venganza, patria y libertad aclama.
Venezuela se inflama,
Y trábase la lucha
Ardua, larga, sangrienta,
Que de gloria inmortal cubre a Bolívar
En diez años de afán. La fama sola
A la posteridad los triunfos cuenta
Que le vio presidir, cuando humillaba
La feroz arrogancia,
La pujanza española,
Y su genio celebra y su constancia.
Una vez y otra vez roto y vencido,
De su patria expelido,
Peregrino en la tierra y océano,
¿Quién le vio desmayar? El infortunio
Y la traición impía
Se fatigaron por vencerlo, en vano.
Su genio inagotable

Igualaba el revés a la victoria,
Y le miró la Historia
Empapar en sudor, llenar de fama,
Del Golfo Triste al Ecuador sereno,
Del Orinoco inmenso al Tequendama.
¡Bolívar inmortal! ¿Qué voz humana
Enumerar y celebrar podría
Tus victorias sin fin, tu eterno aliento?
Colombia independiente y soberana
Es de tu gloria noble monumento.
Del vil polvo a tu voz robusta, fiera,
De majestad ornada,
Ella se alzó, como Minerva armada
Del cerebro de Júpiter saliera.
Mas a tu ardor sublime
No bastan ya de Araure y Carabobo,
De Boyacá y de Quito los laureles.
Libertar al Perú volar te ordena
La espada ardiente que tu mano esgrime,

.....
Entre guerra civil e iberas lanzas
Aquel pueblo infeliz vacila triste,
Cuando el poder dictatorial te viste,
Y te manda *salvar sus esperanzas*.
La discordia feroz huye aterrada.
El sumiso Perú tu genio adora,
Y de venganza y libertad la aurora
Luce en Junín al brillo de tu espada.

Tu espíritu feliz a Sucre llena;
Y un mundo por tu genio libertado
En Ayacucho al fin ve destrozado
El postrer eslabón de la cadena.
Allí el ángel de América la vista
Dilata por sus llanos
Desde la nube umbrosa en que se asienta
Y con terror involuntario cuenta
Seis mil patriotas y diez mil tiranos.

Mas eran los patriotas colombianos
Alumnos de Bolívar y la gloria;
Tu generoso ardor los abrasaba,
Y fue suyo el laurel de la victoria.
Allí termina la inmortal campaña,
Y al colombiano pabellón glorioso,
Sangriento y polvoroso,
Cede y se humilla el pabellón de España.

Libertad a la patria de los Incas!
Libertad de Colón al hemisferio!
Lauro al Libertador! Del Cuzco antiguo
Las vírgenespreciadas,
Libres del afrentoso cautiverio,
Himnos de triunfo entonan a Bolívar.
Los pueblos que feliz libra y aduna
Manco nuevo le llaman,
Y con ardiente gratitud le aclaman
El genio de la guerra y la fortuna.
Y resuena su voz, y soberana
Se alza Bolivia bella,
Y añádese una estrella
A la constelación americana.

Numen restaurador! ¿Qué gloria humana
Puede igualar a tu sublime gloria?
Oh, Bolívar divino!
Tu nombre diamantino
Rechazará las olas con que el tiempo
Sepulta de los reyes la memoria;
Y de tu siglo al recorrer la historia
Las razas venideras,
Con estupor profundo
Tu genio admirarán, tu ardor triunfante
Viéndote sostener, sublime Atlante,
La independenciam y libertad de un mundo.

.....

JOSÉ MARÍA HEREDIA

BOLIVAR PROVIDENCIAL

(Fragmento)

..... La libertad de un mundo
—Vedlo! En el Monte Sacro Sentada en su cabeza.
De Roma se prosterna, Nació cien años hace;
Y allí en tierra de Curcios, Y ¿quién no lo recuerda?
De Camilos, de Scévolas, El junco creció encima,
Donde Catón suicida Sus flores son estrellas,
Es más que invicto César, Sus ramas son naciones,
Donde a Tarquino vence Y como el Rey Profeta,
Matándose Lucrecia; El colosal vestigio
Allí donde los Gracos BOLIVAR pone en tierra.
Nacieron de Cornelia; Moviése como giran
Allí el adolescente Radiantes los planetas,
Mesías de la idea, Sin más posible impulso
Endeble como el junco, Que el de la Providencia.
Mas con mirada excelsa El plomo y los aceros
Donde auroras y aceros A herirlo no se acercan;
Al par relampaguean; La fe no le abandona,
—Fanal que resplandece Jamás él desespera;
Sin otro gas o esencia Desastres y victorias
Que inagotable el óleo Impávido lo encuentran;
Del numen que lo incendia; El porvenir es suyo,
Moisés, que el Chímborazo, Porque lo ve o lo crea.
Donde imprimió su estela, Como inspirado apóstol,
Entre truenos y llamas Calvario hallan sus huellas,
Después glorioso muestra;— Donde el perdón pronuncia
Allí en el Monte Sacro, Que colma su grandeza.
Juró la Independencia ¡BOLIVAR! en mi arpa
De los cautivos pueblos, No hay aceradas cuerdas
Y al despotismo guerra, Al temple de las notas
Desde la ardiente orilla De tu inmortal poema;
Que el Orinoco riega Mi canto es una sílaba
Hasta el soberbio campo De admiración apenas;
Donde Ayacucho humea, Tu vida es una Iliada
¿Su nombre? Era ignorado Que pide trompa homérica!

RAFAEL NÚÑEZ

Diálogo para escolares

(En el Centenario del nacimiento del Libertador)

¿Díme, por qué, querido compañero,
El pueblo viste sus mejores galas
Y un himno de entusiasmo eleva altivo
Que va del hondo valle a la montaña?

Es porque hoy luce en esplendente día
Entre arreboles de zafiro y grana
El mismo sol que iluminó há cien años
La redención gloriosa de la Patria.

El sol que al levantar su altiva frente
Vio un pueblo entero entre miseria y lágrimas,
Y que fue a iluminar en el ocaso
De Ayacucho la tierra ensangrentada.

Refiéreme esa historia, compañero,
Esa lucha tenaz, gloriosa y santa;
Quiero que su recuerdo portentoso
Lo guarde siempre la memoria avara!

Escucha atento. Hoy hace una centuria
Vio la luz en la espléndida Caracas
El noble redentor de cinco pueblos,
El Genitor glorioso de la Patria.

.....
Sus hijos, nuestros padres, tristemente
Para un señor extraño trabajaban
Y su justo clamor ensordecían
Los serviles sicarios del Monarca.
Entonces un guerrero portentoso
Juró limar los grillos de la Patria,
Y a su obra colosal, hora por hora,
Dedicó su existencia legendaria.

Y montes, valles, turbulentos ríos,
Llanos desiertos, ásperas montañas,
De allá de do Orinoco al mar inmenso
Con regia pompa *su tributo* paga,
Hasta el sagrado monte cuya frente
Se yergue siempre en el espacio cano,
Cada sitio fue un campo glorioso
Donde triunfó la libertad humana.
Y ese héroe fue BOLIVAR, cuyo nombre
El pueblo grato con cariño guarda,
Memoria que los tiempos cuidadosos
En su transcurso perennal agrandan.
Es así como el pueblo agradecido
Viste orgulloso sus mejores galas,
Y alegre entona el himno de victoria
Que va del hondo valle a la montaña.

Unamos nuestra voz a ese concento
Y nosotros, los hombres de mañana,
Juremos mantener la noble enseña
Que izó orgulloso el Padre de la Patria.

JOAQUÍN SUÁREZ LA-CROIX



Discurso del Sr. Pbro. don Carlos Borges

en la casa de Bolívar en 1921

(Fragmento)

Bendito y alabado sea el misterio de la
Santísima Trinidad.....

Amén.

No es la primera vez, señores, que se oyen aquí estas palabras. Las saben de memoria esos viejos muros. El suave aroma de fe sencilla y de ingenua piedad que ellas respiran impregnó en otros siglos el sagrado ambiente de esta casa. Como en casi todos los hogares de la Colonia, contruidos por la alianza de la cruz y la espada como nidos de águilas en la firmeza inconvencible de la roca romana, día y noche, desde la campana de la aurora hasta el toque de ánimas, por esas salas, por esos corredores y galerías, pasaba el «bendito» de boca en boca, de corazón en corazón, como un eco del cielo.....

Decíala el amo de la casa con claro timbre de devoción viril, sin sombra alguna de respeto humano; vertíala con dulcísima unción la esposa y madre amorosísima sobre el cándido sueño de las cunas; florecía en los labios de los niños—al despertarse y al dormirse—dilatada por el encanto de una sonrisa angélica, o graciosamente cortada por el rosado bostezuelo de las frescas boquitas inocentes; a su influjo parecían cobrar luz de aureola las canas del abuelo; y su esencia subía hasta Dios en el suspiro del esclavo como el perfume de la mirra desde el carbón candente.

Sabemos de cierto cómo la devoción al augusto misterio de la Santísima Trinidad, era tradicional en la ilustre familia.

Y toda la luz recogida de generación en generación por las almas de toda aquella noble gente en la contemplación de Dios tres veces santo, parece condensarse, al fin, en estrellas de gloria y caer en las aguas del bautismo, en señal de un destino excelso, sobre la frente del último de los Bolívar: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad.....

¿No véis cómo al conjuro de esa fórmula santa todo parece transfigurarse en este instante en torno nuestro?... El tiempo se echa atrás como la corriente del Jordán al paso del Arca del Señor, la rueda de la historia retrocede más de cien años, el presente desaparece, descórrase el velo del pasado, la visión de otro siglo se dilata ante nuestro asombro, y el genio tutelar de esta mansión, saliendo a nuestro encuentro, se dispone a introducirnos en la secreta intimidad doméstica de los Bolívar y Palacios. Sigámosle en espíritu con recogimiento religioso.....

Atravesamos el vestíbulo y el primer corredor entre oficiosas reverencias de esclavos burdamente vestidos, a usanza de la época, con anchas blusas de listado, todos pulcros y comedidos, todos

contentos y orgullosos de pertenecer a casa rica. —«Pasen adelante Sus Mercedes»... Y entramos al salón principal

¡Cuánta magnificencia!, al mismo tiempo, ¡qué fino culto al arte! ¡qué hidalgo sello de buen tono, de suprema elegancia, de auténtica cortesanía en el suntuoso estrado! ¡Qué gravedad en la belleza y qué gracia en el señorío! ¡Cuán noblemente se armonizan en el decoro y ornamento del procerico recinto la austeridad de los Bolívar, gente de guerra y de trabajo, con el dilectantismo de los Palacios, gente de arte y letras!.....

En el sitio de honor, sobre el sofá, desde su regio marco de oro, la efigie de Carlos III preside la lujosa iconografía de la casta. Mirad cómo a un lado y otro del rey la robusta vid bolíviana extiende con orgullo, cuajados de gloriosos racimos, los cálidos sarmientos de su sangre.

Este infanzón de rostro enérgico, de frente audaz y pecho hercúleo, bajo el jubón de acero, es el primer Simón Bolívar, el anciano, el conquistador, el plantador en Venezuela de la más vigorosa estirpe que arraigara en tierras de América.....

Ese otro, de hábito eclesiástico, de semblante severo, que dulcifican, sin embargo, los expresivos ojos, de un sereno azul místico, es Simón Bolívar el joven, llamado por sobrenombre el americano. Encomendero de San Martín, tan activo en la guerra como laborioso en la paz, quien, al perder la amada esposa, en la desolación de su viudez temprana, irremediamente triste, suelta su potro de batalla, desunce sus bueyes, liberta sus esclavos, y estrechándose aún más con la cruz por medio de la unción sacerdotal, encuentra en la sotana, definitiva y negra, un luto digno de su duelo. No hará lo mismo, en caso idéntico, el último Simón Bolívar; antes bien, fiel a su destino, esconderá su dolor, como una oruga, en su corazón, bajo su blusa de soldado: allí el recuerdo de Teresa, allí Teresa misma dormirá al sol de las campañas, en gestación de gloria, su largo sueño de crisálida, hasta que un día la mariposa angélica, desplegando los iris de sus alas, saldrá con el alma del héroe, tendido en su lecho de Santa Marta, para volar eternamente juntas, más allá de esa última orilla de su América, más allá del mar de los siglos, por todos los cielos de la inmortalidad.....

Remata y corona esta iconográfica asamblea de varones perinclitos el retrato de don Juan Vicente Bolívar y Ponte, actual jefe de la familia. Hombre de placeres y de negocios, galante y discreto, generoso y magnánimo: de joven, permanece cinco años en la brillante corte de Madrid, ilustrando su inteligencia y aquílataando su cultura.....

Tiempo es ya, señores míos, de que se nos presente a la señora de la casa: doña María de la Concepción Palacios y Sojo de Bolívar y Ponte. Tiene veintitrés años: su belleza es fina y delicada como la de los lirios avileños. Porte gentil, silueta aristocrática, y un aire indefinible de ingénita prestancia que la distingue entre todas las de su rango. Su estatura, ni grande ni pequeña, es la que Shakespeare requería, para la bienamada: llega

hasta el corazón de su marido. Ojos humildes; inconscientes, grandes y negros, de suave fulgor místico, a la sombra de luengas pestañas, ojos candorosos y poder de su gloria. Negro también y ondulante y copioso el cabello. Boca de dulzura y de gracia, donde es luz la sonrisa, la bondad miel y música el acento. Tez de blancura alabastrina, con esa palidez de buen tono de las jóvenes principales, creadas y florecidas, faltas de sol y mundo pero pulcras de cuerpo y alma, en el recogimiento conventual de las viejas casonas coloniales. La benignidad y la ternura le son conaturales, como el perfume a la azucena y la dulcedumbre al panal. Jamás en su presencia se fustigó al esclavo sin que al punto ella no detuviese, imperiosa o suplicante, el brazo del verdugo. Y alguna vez dio sus pechos de madre joven al huerfanillo negro, y cerró los ojos del anciano que encaneció sirviendo a la familia por más de tres generaciones. Por eso la veneran los infelices como a una Isabel de Hungría. Y es de verla por esas calles, rumbo al templo, con su real traje de terciopelo negro guarnecido de riquísimas blondas, en su litera de patricia, dorada como un trono. Pórtanla con orgullo sobre sus recios hombros cuatro hércules africanos, y un gracioso grupo de doncellas mulatas la precede, llevando una la alfombra, otra el abrigo, ésta la sombrilla y aquélla de quince años—su ahijada y favorita—el devocionario y el flabelo de su buena ama y madrina; todas limpias y honestas, tocadas de blanco, cubierto el núbil seno por vistoso pañuelo de Madrás, de estreno la galtera alpargata, y olorosos a jabón de Castilla y a mastranto y alhucema, la camisa de gala y el fustán dominguero.....

Estamos en octubre de 1782. Tres hermosos niños, fruto del más feliz consorcio, alegran este hogar: María Antonia, la primogénita; Juana María, la segunda; y Juan Vicente, orgullo de su padre, cuyo nombre lleva. ¿Qué más pueden pedir al cielo los esposos Bolívar-Palacios, ricos, ilustres, poderosos, amados y con prole ya suficiente para enaltecer la rama propia en el árbol genealógico de la familia y de la raza?.... Pero Dios abre el libro de sus decretos eternos, escribe en él un nombre, crea un espíritu, y hace un signo a uno de sus ángeles, que al punto arranca del empíreo en vuelo hacia un rincón de América, hacia la humilde y hermosa ciudad del cerro azul, los techos rojos y las palomas blancas. El parainfo excelso se detiene sobre esta casa, como para reconocerla y bendecirla. Bajo el plumaje iridescente de sus alas radiosas, trae una alma dormida en su seno como una estrella en un celaje, y penetrando, al fin, como en un santuario, en esa alcoba, deja caer dulcemente sobre el altar de amor el divino regalo del Altísimo.....

Meses después, en esa misma alcoba, nace Simón Bolívar. Es un débil niño que llora como todos los hijos de Adán, pero en ese puñado de arcilla humana ha insuflado Dios el espíritu a cuyo aliento palpitará pleno de vida heroica el corazón de un continente.

Todo es contento y alegría en la casa, llena de parientes y

amigos que han venido a dar sus parabienes a don Juan Vicente y a su esposa. Desde el salón de honor y la nupcial alcoba hasta el gallinero y la cocina trajinan por doquiera, con diligencia insólita, sirvientes y esclavos. Distinguese entre éstos la negra Hipólita, de antemano elegida para aya del niño. Hermoso tipo de su raza inteligente, vigorosa, limpia, honesta, de carácter dulce y jovial, Hipólita es la flor de las esclavas. Tiene veintiocho años y está avaluada en trescientos pesos. Es la misma de quien un día el Libertador, en el apogeo de su destino y de su gloria, dirá a su hermana María Antonia, recomendándosela encarecidamente: «acuérdate que yo no he conocido más padre que ella». Ella, en efecto, será la humilde sombra de su infancia huérfana; ella guiará los primeros pasos de aquel cuyas huellas serán naciones libres; y cuando el Padre de Colombia, consumada su inmensa obra, descanse ya bajo la limosna de tierra dada a sus tristes huesos de proscrito, la negra Hipólita, que, inconsolable, le sobrevivirá por mucho tiempo, será sobre su tumba como un lacrimatorio de basalto.

Llega el día solemne del bautismo: la santa ceremonia se cumple en esta vez con singular magnificencia. ¡Dínoslo tú, piedra sagrada, copa llena de cielo, corazón de Avila, Jordán del pueblo mío, tú que diste el agua redentora al que en la cuenca de su mano recogerá todos los ríos de América para aplacar la sed del Derecho crucificado sobre el Gólgota de los Andes, y ya en su tercer siglo de agonía!

Desde hoy y para siempre Simón Bolívar es cristiano: lo ha engendrado a la vida de la gracia, en virtud del primer sacramento, su ilustre pariente el canónigo don Juan Félix Jerez de Aristaguista y Bolívar, quien, poseedor de cuantiosos bienes, funda opulento mayorazgo en obsequio y para patrimonio de su dichoso ahijado y deudo. Hierve el hogar en regocijo. Cuanto brilla en Caracas por la nobleza o la fortuna se encuentra aquí presente. Revienta, de pronto, en el zaguán, con resonante júbilo, la magnífica orquesta de la Academia de Blandín. Así saluda el Padre Sojo la entrada triunfal de su sobrino en el camino de la cruz... que es el camino de la gloria. En la exaltación del entusiasmo, se alzan, plenos de vino, vasos y corazones: son viejos vinos españoles, color de sangre y oro, como la bandera de la Conquista: vinos de altar y trono, topacios y rubíes que fulguran gloriosamente dentro de las copas en círculo, cristalina corona de la fiesta. Desde las ventanas, de par en par abiertas, los padrinos tiran puñados de menudas monedas a la chiquillería insaciable que aturde la calle con sus vivas. En el fondo del último patio, al són de arpa y maracas, los esclavos bailan la zamueca. Y lejos del grupo servil, en el centro del señorío, más que todos alegre y orgullosa, Hipólita desempeña sus funciones de aya. Vedla qué mona y qué galante, con más adornos que la palma del Arzobispo el Domingo de Ramos, «con su blanca risa de negra», cien cocuyos en cada ojo, en la mano una onza de

oro, regalo del padrino, y el Sol del Perú, limpio de toda mancha, amaneciendo entre sus negros brazos!

Pero aquí me detengo, señores, para cobrar aliento. No es posible, en el breve espacio de un discurso, revivir toda la historia íntima de esta casa durante el tiempo en que fue solar de los Bolívar: contentémonos con que pasen por nuestro espíritu, y como ensueño, algunas de las primeras impresiones que en este sitio, teatro de su infancia, recogiera en su corazón el hijo de Caracas, Libertador de América.....

Continuemos nuestra visita. Veamos la biblioteca: se compone en su mayor parte de obras militares y religiosas, lo que nos revela, señores, en su raigambre heroica y mística, la formidable contextura del abolengo boliviano, digno, en verdad, de aquella raza única, que juntando en su recio puño la espada con la cruz, reja y esteva de su arado, aró el planeta con titánico empuje; hizo del sol su buey, pues que todos los círculos geográficos pasaron por tierras españolas; sembró su sangre en los inmensos surcos, cosechó glorias infinitas, y harta ya de ser dueña del mundo le dio con Carlos V el puntapié de su desprecio.....

Pero entremos al comedor. Llegamos a buen tiempo, amigos míos, pues ya el almuerzo está servido, y a fe que huele bien. Preside la madre, por ausencia de su marido casi siempre en Aragua. A su derecha y a su izquierda, María Antonia y Juana María; más allá Juan Vicente, y en la cola Simoncito el más tuno y travieso de la camada.....

Por allí nos queda la cuadra. Se oye el piafar de los caballos impacientes. Son finos potros aragüesños, de las propias dehesas de los Bolívar, Blasón del anca el noble hierro. Es su relincho, timbre de trompeta. De pura sangre heróica, sus nietos recorrerán el nuevo mundo en galope triunfal, pegasos de la gloria, con banderas por alas. Uno, entre ellos, sobre todos: ése que partiendo del pie del Avila, atraviesa como un relámpago el corazón de Venezuela, esguaza el Orinoco, devora la cordillera andina, se traga la llanura de Casanare, tumba de una coz en el puente de Boyacá el virreinato de Santa Fe, salva de un salto el Marañón, brinca por sobre el Chimborazo, patea el oro del Cuzco, sube, hecho símbolo, a ser blasón de nuestro escudo, y hecho bronce, se encarama al monumento donde, a la luz olímpica de la antorcha de la Libertad, que refleja el espejo del Hudson, mira a sus pies la gran patria de Washington y halla estrecho para su gloria el horizonte de los siglos.

Mayor solemnidad que la del bautismo reviste, siete años después, la fiesta de la confirmación, aunque no tan completa alegría, pues el padre de la familia ya está en la tumba. Recibe Simón el sacramento de manos del Ilustrísimo señor Mariano Martí, apadrinándolo su tío don Esteban Palacios, el más querido de sus deudos y a quien honrará siempre la predilección de su egregio sobrino.

Juegan los niños. Detengámonos un momento ante ese cuadro encantador. María Antonia y Simón, morenos, de ojos negros,

como los Palacios; Juanica y Juan Vicente, rubios, de ojos azules, como los de Bolívar. No es menor el contraste por el temperamento y la fisonomía espiritual. Juanica, dulce y mansa, gota de miel, perla de amor, tesoro de ternura en la paz del nido doméstico; Antonia, fuerte y valerosa, de agudo ingenio y ancho corazón: seguirá paso a paso el curso de la guerra y de la política, y cuando ladre la calumnia contra la gloria de su hermano ella lo confortará con estas palabras magníficas que ha recogido la historia: «La malignidad y envidia ha llegado hasta el extremo de decir que te vas a coronar al Perú, y aunque ellos no lo creen así, lo esparcen para sus fines particulares. Siempre les digo a todos que es una calumnia, que tú no lo has pensado ni deseado, que tú eres más grande sólo con el título de Simón Bolívar que de Emperador.... Dejarás burlados a todos los que creen ambiciosas cetros y coronas; así lo creo y espero de tu ilustración y grandeza de alma, pues no sólo en la América del Norte se han de dar hombres grandes como Washington». Mientras las dos chicuelas visten y engalanan sus muñecas, Simón combina y distribuye, estratégicamente, en batalla campal, sobre el pretil, su minúsculo ejército de soldados de plomo, regalo del tío Esteban; y Juan Vicente, inclinado sobre la alberca, se divierte en hacer bogar frágiles barquichuelos que bien pronto naufragan, con toda su menuda tripulación de hormigas. ¡También él naufragará un día, mártir de la Patria, en el Caribe azul como sus ojos y profundo como el misterio de su destino!..... ..

Simón va a cumplir nueve años. Las lecciones de don Simón Rodríguez, el Padre Negrete y los señores Carrasco, Vides y Pelgrón disciplinan su inteligencia, cuya educación perfeccionarán después Andrés Bello y el Padre Andújar. Pero los libros no satisfacen a aquel discípulo insaciable, que acosa con preguntas a sus maestros. Le gusta, sobre todo, oírles hablar acerca de las cosas de América. El aguilucho inquieto aletea al borde del nido. Es el visionario de Casacoima, el profeta del Chimborazo, el soñador de siempre..... ..

El 6 de julio de 1792 muere la madre. Toda la casa viste ostentoso luto. Por donde quiera negros cortinajes, alfombras sombrías, fúnebres candelabros, tétrica pompa de la muerte. Acercuémonos a la urna todavía abierta.... alcemos una punta del pañuelo que cubre el rostro... ¡Qué pálida! ¡Qué tranquila! ¡Qué gloriosa...! Tenía treinta y cuatro años.

Con su muerte se acaba este hogar: a poco se casan María Antonia y Juana María, muere el abuelo y los niños son enviados a Europa.

Aquí termina, señores, el asunto de mi discurso: la historia íntima de esta casa mientras fue hogar de los Bolívar: en adelante la vida de Simón es ya asunto de epopeya.

INDICE

	Págs.
Dos palabras.....	<i>José M. Zamora</i> 3
Alegoría.....	<i>Id.</i> 5
Sufrimientos de Bolívar (Lección de Historia)	<i>Id.</i> 6
ULTIMA PROCLAMA DE BOLIVAR....	<i>Id.</i> 10
Visita a San Pedro Alejandrino.....	<i>Id.</i> 12
Horas de nostalgia (Escenas últimas de la vida de Bolívar).....	<i>Id.</i> 14
Testamento y muerte de Bolívar (Lección de Historia).....	<i>Id.</i> 24
El Palomo Blanco (diálogo histórico).....	<i>Id.</i> 30
La sombra de Bolívar a los colombianos (Fragmento).....	<i>Felipe Pérez</i> 36
Diálogo entre Bolívar y el Sargento Miguel	
Primera parte (prosa).....	<i>T. F.</i> 40
Ultima meditación de Bolívar. Segunda parte del diálogo (verso).....	<i>J. M. Gutiérrez de Alba</i> . 48
Ante la estatua de Bolívar. Soneto.....	<i>Rubén J. Mosquera</i> 55
Bolívar. Id.	<i>J. M. Samper</i> 55
El abrazo (10 de agosto de 1819).....	<i>Ricardo Carrasquilla</i> ... 56
El cura de Pucará. (1825).....	<i>José Joaquín Ortis</i> 57
Cómo se cumple el deber. (Fragmento).....	<i>J. M. Quijano Otero</i> ... 58
La muerte del héroe.....	<i>Julio Calcaño</i> 59
A Bolívar. (Fragmento).....	<i>J. M. Heredia</i> 60
Bolívar providencial. (Fragmento).....	<i>Rafael Núñez</i> 63
Diálogo para escolares.....	<i>Joaquín Suárez La Croix</i> 64
La casa de Bolívar. Discurso. (Fragmento).	<i>Carlos Borges</i> 66

